

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

una mujer llamada Venus

KEITH LUGER



Mi nombre es Mike Roland y soy investigador privado. No tengo secretaria. Las que contraté me ocasionaron líos. Tuve uno con cierta rubia porque ella no me dijo que estaba casada. Menos mal que a última hora descubrí el pastel que me preparaba. Otra secretaria, una pelirroja, quiso romperme el cráneo porque aseguraba que yo le había hecho promesa de matrimonio durante una velada en su apartamento, que duró hasta las tres de la mañana. Media hora antes de las tres descubrí que la pelirroja me había echado polvos en el vino, ya saben, esos polvos que le ponen a uno para que se atonte.

No, yo no he tenido suerte con las secretarias, de modo que decidí un día hacer mi trabajo y el de ellas.

Pero, cuando uno no tiene trabajo, echa de menos la compañía. Y aquella mañana de primavera atrapé el periódico y me puse a leer los anuncios en que se ofrecían secretarias. Los había de todas clases y de todos los tamaños.



Keith Luger

Una mujer llamada Venus

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1071

ePub r1.1

Lds 27.02.18

Título original: *Una mujer llamada Venus*

Keith Luger, 1971

Cubierta: Jorge Samper

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Mi nombre es Mike Roland y soy investigador privado. No tengo secretaria. Las que contraté me ocasionaron líos. Tuve uno con cierta rubia porque ella no me dijo que estaba casada. Menos mal que a última hora descubrí el pastel que me preparaba. Otra secretaria, una pelirroja, quiso romperme el cráneo porque aseguraba que yo le había hecho promesa de matrimonio durante una velada en su apartamento, que duró hasta las tres de la mañana. Media hora antes de las tres descubrí que la pelirroja me había echado polvos en el vino, ya saben, esos polvos que le ponen a uno para que se atonte.

No, yo no he tenido suerte con las secretarias, de modo que decidí un día hacer mi trabajo y el de ellas.

Pero, cuando uno no tiene trabajo, echa de menos la compañía. Y aquella mañana de primavera atrapé el periódico y me puse a leer los anuncios en que se ofrecían secretarias. Los había de todas clases y de todos los tamaños.

Un anuncio resaltaba sobre los demás: «Se ofrece Secretaria hablando cinco idiomas. Muy seria. No acepta invitaciones del jefe». A continuación estaba el número del teléfono al que se debía llamar.

No sé por qué lo hice. Marqué el número y me llegó desde el otro extremo, el sonido de una flauta.

—Oiga —dije—, ¿es ahí la señorita que puso el anuncio en el *Star*?

—Sí, señor —me contestó la flauta—. Soy yo.

Estuve tentado de colgar el teléfono de golpe. No me gusta esa clase de voz y, si yo tenía que escucharla todos los días en mi oficina, estaría más días en el parque que sentado en mi sillón.

—¿Habla de verdad cinco idiomas?

—Desde luego. Inglés, francés, ruso, japonés y español.

—Caramba, ha aprovechado muy bien sus cincuenta años de vida.

—Sólo tengo veintitrés.

Un talento. Sí, señor. La niña era un talento.

—¿Cuál es su nombre, señorita?

—Sisan Peterson.

—¿Y cuánto quiere ganar?

—Mucho.

—¿Cuánto es mucho para usted, señorita Peterson? ¿Trescientos a la semana?

—Acepto.

—Lo siento, pero yo no puedo dárselos.

—¿Cuánto me podría dar?

—No sé, depende.

—¿De qué depende?

—Señorita, soy investigador privado.

—¿Un qué?

—Uno de esos sabuesos que molesta tanto a la gente.

—Caramba, los he visto en el cine, pero nunca he visto personalmente a uno. ¿Cuánto me daría, señor...? Eso me recuerda que todavía no sé su nombre.

—Mike Roland. Mike para usted.

—Recuerde que no acepto invitaciones.

—Es un alivio porque la mayoría de las veces no as podría pagar.

—Es usted muy sincero.

—Eso dicen algunos que me conocen. Pero no opinan lo mismo los «polis».

—Señor Roland, vamos a hacer una cosa.

—Usted dirá.

—Voy a ir a verle.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Está bien, Susan. Puede venir.

—Si el aspecto de usted me agrada, es posible que me conforme con menos de trescientos semanales.

—Tendrían que ser muchos menos, señorita Peterson, o ahórrese el viaje.

Transcurrieron unos segundos y luego dijo:

—Iré —y colgó.

Yo dejé el auricular en la horquilla y me dije: «Eres un pobre imbécil. Mike Roland. Si ella se queda, te hará la vida imposible».

De todas formas, lo arreglaría. En cuanto llegase la señorita, Peterson, le diría que no podría pagarle más de cien dólares a la semana y se marcharía.

Me levanté y me miré en el espejo del cuarto de baño. Las mujeres dicen que soy muy varonil. Llevo bien mis treinta años porque mido uno ochenta, tengo el cabello negro, los ojos azules, la nariz recta y una boca que, según ellas, es de labios sensuales, con el mentón hendido. Sólo me encuentran un defecto. Tengo una pequeña cicatriz en el cogote, pero sólo se me nota cuando estoy de espaldas.

Demonios, la señorita Peterson podría quedarse con cien dólares a la semana con tal de verme. Le ofrecería cincuenta dólares para que se largase.

Me senté en el sillón y me puse a soñar en el último caso que tuve un mes atrás. Una millonaria me contrató para buscar su perro de lanas. Había sido secuestrado por su chófer. El asunto se complicó porque el chófer se había vuelto loco, y tuve que recorrer cuatro mil kilómetros antes de encontrar al can, que volvió con su dueña mientras al chófer lo internaban en el manicomio. Había cobrado dos mil dólares por mi trabajo y, con ellos subsistía desde entonces porque ya me quedaban pocos en la leonera del Banco.

Me quedé adormilado pensando en la millonaria, en el perro y en el chófer.

Me despertó una flauta.

—Hola, señor Roland.

Quité los pies de la mesa y miré lo que había entrado en mi despacho. Parecía una mujer. Era pequeñita. No debía medir más de uno cincuenta y probablemente pesaba unos cuarenta kilos, incluidos los zapatos y las gafas de montura.

Comprendí por qué Susan Peterson había estudiado cinco idiomas. Yo en su lugar hubiese estudiado hasta fontanería, o me hubiese dedicado a morder a los chicos en la calle para que se

fijasen en mí.

—¿Quiere levantarse, señor Roland?

Me levanté como hipnotizado y hasta me aparté de la mesa y giré sobre mí mismo, como un modelo en un desfile.

—No está mal —dijo.

—Gracias.

—Me quedaré.

Escuché aquel diálogo como si me acabasen de decir que me iban a meter en la cámara de gas.

—No hemos hablado de dinero, señorita Peterson —le sonreí dispuesto a quitármela de encima.

—¿Cuánto?

—Cincuenta dólares a la semana.

—Trato hecho.

—Dije cincuenta dólares, señorita Peterson.

—No soy sorda. Le he oído perfectamente.

—Perdone que le dé esa insignificancia. Ya sé que una chica como usted, sabiendo cinco idiomas, puede ir a cualquier oficina de este mismo edificio y le darían el doble.

—No me interesa, señor Roland.

—¿Quiere decir que no le interesa el dinero? ¿Acaso es millonaria?

—No, no soy millonaria. Sólo tengo algunos ahorros, pero soy de las que piensan que el dinero no lo decide todo, y usted es la clase de jefe que yo he estado buscando.

—¿Ah, sí?

—Pero no me decepcione, señor Roland —ella levantó la barbilla—. Nada de pellizcos.

Pensé que, si le pegaba un pellizco, me la llevaría toda entre dos dedos.

—Oh, no, yo soy una persona muy seria —dije.

—Entonces, no hay más que hablar... Ya he visto a la entrada cuál será mi mesa, y también he visto el archivador y tengo que decirle algo, señor Roland.

—Diga, diga...

—Lo tiene todo muy desordenado. He visto papeles por todas partes, cartas, periódicos. Y hay un cajón del archivador que está volcado. Además...

—¿Además?

—El tresillo está mal puesto. El sofá debe ir en el lado contrario. En fin que tengo mucho trabajo que hacer, señor Roland. Nos veremos más tarde.

Salió de allí convertida en la dueña y señora de la oficina de Mike Roland, investigador privado.

Volví a ocupar mi sillón y leí con tristeza el anuncio. Un poco más abajo estaba mi horóscopo, el que correspondía aquel día a los nacidos bajo el signo de Piscis, y decía: «Tenga cuidado, va a cometer un error del que se arrepentirá».

Maldita sea, ¿por qué no habría leído antes mi horóscopo?

Hacia las doce salí del despacho para pegar un bocado en el restaurante de Luigi.

Ella estaba trabajando como una negra en un campo de algodón.

—Señorita Peterson, voy a salir un momento a almorzar. ¿Quiere venir conmigo?

—Señor Roland, quedó bien establecido que no aceptaría invitaciones.

—Oh, perdone, lo había olvidado.

—Yo seguiré trabajando —exclamó como la heroína de una película muda antes de salvar a los huerfanitos.

Me fui a almorzar a lo de Luigi, y el bueno de Luigi, que me vio sin comer nada del plato, me dijo:

—Amores, ¿eh? Ya te enamoraste.

Quise clavarle el cuchillo, pero se alejó rápidamente.

No quería volver por la oficina. No, era demasiado espantoso y me fui a las carreras.

Y el horóscopo se siguió cumpliendo, porque perdí veinticinco machacantes con las malditas apuestas.

A las cuatro no sabía qué hacer. Podría ir al cine o regresar a la oficina. Me dije que, después de todo, tendría que armarme de valor y desprenderme de Susan Peterson. Estuve media hora paseando, tratando de encontrar las palabras adecuadas, y al fin sonreí satisfecho porque había logrado armar un buen discurso. Susan Peterson saldría de mi oficina y no volvería más. Palabra de Mike Roland.

Entré en la oficina y no vi a Susan donde debía estar.

Todo estaba muy aseado. Alenté la esperanza de que ella misma

hubiera reconsiderado su nuevo puesto de trabajo, y hubiese renunciado a él. O quizás una amiga la habría llamado durante mi ausencia para ofrecerle un cargo más adecuado con su sabiduría lingüística y su apetencia de trabajo.

Sonreí de nuevo a la vida.

Abrí la puerta de mi oficina. Y allí estaba ella, Susan, en el sillón destinado a los clientes.

—Hola, señor Roland. Le he estado esperando durante cuatro horas y ya iba a llamar a la policía.

—¿A la policía por qué?

—Por si le había pillado un automóvil. ¿No lee las estadísticas? Cincuenta personas mueren al día víctimas de accidente, y otras doscientas son hospitalizadas con heridas más o menos graves.

No, yo no estaba dispuesto a soportar a una secretaria que al mismo tiempo era una computadora IBM.

Di la vuelta a la mesa, puse las manos sobre la carpeta y me dispuse a decirle: «Señorita Peterson, no tengo más remedio que despedirla».

Pero entonces ella dijo:

—Señor Roland, soy su secretaria, pero también quiero ser su cliente. Quiero que busque a una mujer de la que no sé hace tiempo, y temo que se encuentre en un apuro o le haya pasado algo malo... Ella se llama Venus.

CAPÍTULO II

Naturalmente, Susan Peterson me dejó sin habla por un minuto.

—Señor Roland, estoy aquí —me recordó.

—Sí, ya sé que está aquí.

—¿Se encargará de buscar a Venus?

—¿Quién es esa Venus?

—Venus Foster... Era mi compañera de cuarto, bueno, quiero decir que lo fue hasta hace tres semanas.

—¿Y a dónde fue hace tres semanas?

—Verá, señor Roland, Venus es cantante, trabaja en los clubs nocturnos.

Era una sorpresa que una chica como Susan Peterson tuviese como compañera a una cantante de clubs nocturnos. Se supone que yo soy un hombre que debe estar preparado para toda clase de sorpresas, pero uno nunca termina de aprender.

—Señor Roland, Venus fue contratada para salir de la ciudad. Tenía que ir a un club. Lo tengo aquí apuntado —sacó un papelito del bolso y leyó lo que había escrito—. Club San Pol, de Jefferson City, estado de Nevada. Lo miré en el mapa, señor Roland. Parece un pueblo muy pequeño. Está en el camino de Las Vegas... Venus viajó en su coche, un «Ford» rojo...

—¿Por cuánto tiempo fue contratada Venus?

—Justamente por tres semanas.

—Eso significa que ella volverá ahora.

—No, señor Roland. No podrá volver.

—¿Por qué no?

—Porque Venus no está en Jefferson City.

—Espere un momento, Susan. Su amiga fue contratada para trabajar en el club de ese pueblo de Jefferson City. ¿Con quién hizo

el contrato?

—La llamaron por teléfono desde Jefferson City.

—¿Quién la llamó?

—Alex Harper, el dueño del club. Le ofreció a Venus el contrato por tres semanas y le iba a pagar setenta y cinco dólares diarios. Justamente, Venus había terminado con su club en Los Ángeles tres días antes, de modo que aceptó y se marchó al día siguiente. Me dijo que volvería conmigo pasadas las tres semanas... No habíamos acordado que nos escribiríamos, pero pensé que me mandaría alguna tarjeta.

—¿No se la mandó?

—No, señor Roland. Pasé una semana y, como no tenía noticias de Venus, decidí telefonear al club San Pol de Jefferson City. Pregunté por Venus. Y asómbrese, me dijeron que no la conocían.

—¿Quién se lo dijo?

—El hombre que atendió mi llamada.

—¿No le preguntó usted su nombre?

—No, señor, pero le dije que quería hablar con el señor Harper.

—¿Logró hablar con él?

—Sí.

—¿Y qué le dijo el señor Harper?

—Que Venus ya se había marchado de Jefferson. Yo le pregunté qué había ocurrido, puesto que Venus había sido contratada por tres semanas, y entonces el señor Harper me dijo que Venus le había pedido que le rescindiese el contrato.

—¿Por qué?

—Eso le pregunté al señor Harper y él me contestó que ignoraba el motivo. Venus le había pedido rescindir el contrato y él había aceptado.

—¿Algo más?

—Le pregunté al señor Harper si sabía adonde había ido Venus. Pero me dijo que lo desconocía en absoluto, y agregó que él no se preocupaba de meterse en la vida de sus empleados, y luego colgó.

Tabaleé con los dedos en la mesa.

—No tiene por qué preocuparse, Susan.

—¿Por qué cree que no?

—Venus ha podido ir con su familia.

—No tenía familia.

—Eso es lo que le diría a usted. Pero Venus tendría una familia, como casi todos.

—Venus no la tenía porque se crió en un orfelinato. Sus padres murieron cuando ella tenía siete años. Fue acogida por una hermana de su padre, pero ella era una alcohólica y el Tribunal Tutelar de Menores libró a Venus de eso.

—¿Desde cuándo conoce a Venus, Susan?

—Desde hace tres meses.

—¿Dónde se conocieron?

—En el zoológico. Yo estaba dando cacahuets al elefante cuando llegó ella. También Venus le traía cacahuets. Bueno, ya sabe lo que son estas cosas. Nos pusimos a hablar, simpatizamos, y hablando y hablando, terminó por venirse a mi apartamento.

—¿Tiene una fotografía de Venus?

—Sí, tengo varias. Unas solas, y otras conmigo.

—Déjemelas.

Sacó un sobre del bolso y extrajo las fotografías. Entonces recibí la sorpresa. Venus era todo lo contrario de Susan Peterson. Era una mujer de una gran hermosura, de rostro bellísimo, las piernas largas y las líneas de un pura sangre.

—¿Cuántos años tiene Venus?

—Veintidós.

—¿Quién es su hombre?

—¿Cómo ha dicho?

—¿Es que no me ha oído?

—Es usted brutal, jefe.

—Susan, soy investigador privado y tengo una forma de hablar que quizá le parezca rara.

—Habla como Humphrey Bogart, ese actor que murió y que dan por televisión.

—No trato de parecerme a él, Susan, sólo quiero ir al grano para no perder tiempo.

—Pues lo podía decir con un poco más de delicadeza.

—Está bien, Susan. Hábleme de los líos de Venus.

—¿Líos?

—Amoríos.

—Venus solo estaba enamorada de un hombre.

—¿De quién?

—De un marino.

—¿Dónde está ese marino?

—En un buque de guerra, un portaviones, el *Saratoga*. Ahora está en el Mediterráneo. Forma parte de la VI Flota. He recibido ya tres cartas destinadas a Venus. No las he abierto. Pero no sé qué voy a hacer, porque el muchacho merece que le escriban. Pero no quiero asustarle diciéndole que ignoro el paradero de Venus.

—Oiga. Susan. Venus era cantante.

—Sí.

—Trabajaba en clubs nocturnos.

—Sí.

—Durante su trabajo tendría que relacionarse con hombres.

—Pero no tenía amoríos con ellos. Venus cantaba señor Roland.

Sólo eso. Cantaba.

—Alguna noche la acompañaría algún hombre a casa.

—No, señor, siempre venía sola.

—Una «tipa» rara.

—¿Cómo ha dicho?

—Nada, estaba pensando en voz alta.

—Pues sería mejor que pensase otras cosas, señor Roland. Venus es una gran chica... Se lo aseguro yo, y tengo gran experiencia, señor Roland. Los hombres no tienen ningún secreto para mí y las mujeres todavía menos.

—¿Y si se equivocase con respecto a Venus? ¿Y si tuviese un secreto?

—No.

—Suponga que ella se enamoró de un hombre y no me refiero ahora al marino. Lo conoció en Jefferson City. ¿Y qué pasó, Susan? La mar de sencillo. Lo que pasa todos los días. Que ella se largó con él.

Susan se levantó.

—Señor Roland, es usted tan vulgar como... como un hombre.

—Susan, debe admitir que Venus es una chica muy atractiva.

—Está admitido.

—Es de carne y hueso.

—No es un fantasma que yo he creado.

—¿Por qué no admite entonces que ella pudo irse con un fulano?

—Jefe, Venus, no habría hecho tal cosa sin decírmelo, y, si ella no me escribió al respecto, es porque no se fue con ningún fu... la... no.

Susan echó a andar rápidamente y salió del despacho pegando un portazo. No supe si se iba a marchar. Si se largaba, mejor.

Miré las fotografías que estaban sobre la mesa. Era muy hermosa Venus, con un rostro bellísimo y con las líneas de un pura sangre...

Guardé las fotografías en el sobre y salí de mi despacho.

Susan no se había marchado. Estaba detrás de su mesa.

—De acuerdo, Susan, investigaré el caso de su amiga Venus, aunque será perder el tiempo. Y ahora no sé cómo llamarla. ¿Secretaria o cliente?

—No tiene nada que ver una cosa con la otra, señor Roland. Quiero decir que seré su secretaria y su cliente.

—Muy amable por hacer la separación.

—Voy a cobrar cincuenta dólares semanales como secretaria. ¿Cuánto me va a hacer pagar como cliente?

Me incliné sobre ella.

—Susan, usted es muy lista. Sabe cinco idiomas y ya sé por qué aceptó ser mi secretaria. Porque me quería enganchar. Le abrí los ojos cuando le dije por teléfono que yo era un investigador privado. Desde entonces se dijo que aceptaría lo que yo le ofreciese, porque usted no iba a trabajar para mí. ¡Yo sería el que trabajaría para usted!

—Señor Roland, no voy a negar sus afirmaciones de modo que, ya me puede ir diciendo cuánto me va a cobrar, que fue lo que pregunté.

—Déjame que lo piense mientras viajo a Jefferson City, Nevada.

Y así fue como me sumergí en el más duro caso de mi carrera. Un caso en el que me iba a encontrar muchas veces con la muerte.

CAPÍTULO III

Hacía un calor espantoso. La carretera serpenteaba por el desierto. Consulté el mapa. Debía estar ya a unas veinte millas de Jefferson City.

Vi a lo lejos una estación de servicio. Me estaba quedando sin gasolina de modo que paré allí.

Nadie salió a recibirme y toqué el claxon.

Un tipo joven, con la cara llena de granos, que se cubría con un sucio mono, salió perezosamente de su cueva.

—¿Quiere llenarme el tanque?

No habló. Le debía costar mucho trabajo. Se limitó a asentir con la cabeza. Yo salté del coche y ya tenía preparada en mi mano la mejor fotografía de Venus.

Mientras el tipo me llenaba el tanque, le puse delante la fotografía.

—¿La conoce?

Miró a Venus y arrugó la nariz.

—No sé.

—¿No cree que es una chica inconfundible?

—Oiga, por aquí pasan a montones.

—Ésta no pasó. Se quedó.

—¿En la estación de servicio?

—No, en Jefferson City, hace unas tres semanas. Mírela bien.

La miró otra vez.

—No recuerdo.

Siguió llenando el tanque.

Saqué un billete de a cinco dólares y lo enrollé en el índice.

—Puede ser suyo si me da la información.

—Eso no me hará recordar nada.

Saqué otro billete de a cinco. Cuando terminó de llenar el tanque, cogió los dos billetes y dijo:

—La vi.

—¿Cuándo?

—Cuando usted dijo. Hace unas tres semanas.

—¿Qué coche llevaba?

—Un «Ford» modelo del año pasado.

—¿Qué color?

—Rojo.

—¿Cuántas veces la volvió a ver?

—Sólo esa vez.

—¿Qué le dijo ella?

—¿Tenía que decirme algo...? Quería gasolina, como usted, y luego se marchó hacia Jefferson.

—¿La vio allí?

—No. Voy poco por la ciudad.

—¿Conoce el Club San Pol?

—Sí, pero no es el lugar que yo acostumbro a visitar cuando voy a Jefferson.

—La chica se llama Venus y fue contratada para cantar en el Club San Pol. Cuando la vio usted se dirigía allí para empezar su trabajo.

—Ya le he dicho que ella no me dijo nada. Y también le he dicho que no la he vuelto a ver. Yo no sé nada, si era cantante, pintora o trapecionista.

—¿Qué me dice de Harper, el dueño del San Pol?

—¿Qué le voy a decir? Le conozco, pero no es mi amigo.

—¿Casado?

—Creo que sí.

—Mc dio muy poco por diez dólares.

—La vida está muy cara.

—Cómprese crema, a ver si se le van los granos —le dije y me marché.

Poco después entraba en Jefferson City. Tenía el aspecto de un pueblo como he visto centenares. Con una calle principal, los negocios a los lados, el Banco, los almacenes de autoservicio, las tiendas de baratijas, la comisaría y algunas cosas más.

Vi el anuncio del Club San Pol un poco más allá de la comisaría

y fui hacia allí.

En la puerta había un cartel que decía: «Abierto a partir de las siete de la tarde».

Eran las seis.

A un lado de la puerta colgaba una vitrina en donde se exhibían las muchachas que trabajaban en el club. Todas ellas tenían muy poca ropa, pero ninguna era Venus. La estrella del espectáculo, por el tamaño de su fotografía, era Lily Cienfuegos, y admití desde el primer momento que pudiese pegar fuego a un bosque de hombres. Pero era un tipo distinto de mujer al de Venus, y yo me quedaba con Venus.

Empujé la puerta. Estaba entreabierta. Bajé por una escalera y tropecé con un peldaño.

—¿Quién hay ahí? —Me llegó una voz.

Seguí bajando y vi a un tipo con aspecto de camarero, en mangas de camisa, cuello de pajarita, que estaba poniendo sillas alrededor de una mesa.

—Hola —le saludé.

—Los vendedores son recibidos por el señor Harper por la mañana, entre diez y doce.

—No soy vendedor.

—El local no se abre hasta las siete.

—Tampoco soy cliente.

—Entonces, ¿quién es usted?

Saqué una de mis tarjetas profesionales y se la entregué. El tipo estaba casi calvo, con la nariz ganchuda. Leyó la tarjeta y después la leyó otra vez. Aposté conmigo mismo a que las letras no iban a cambiar por mucho que las mirase.

—Un investigador privado, ¿eh? ¿Qué está husmeando?

—Busco a Venus.

—¿Venus?

—Venus Foster. ¿No se acuerda de ella? Trabajó aquí —le enseñé la fotografía que ya había mostrado al de los granos.

Se rascó una mejilla y asintió:

—Sí, trabajó aquí.

—¿Por cuánto tiempo?

—Tres días. Puede que cuatro.

—¿Y luego?

—Se marchó.

—¿Por qué?

—Porque quiso.

—¿Con quién se marchó?

—No lo dijo.

—¿Está su jefe?

—No, todavía no vino.

—Quiero hablar con él.

—El señor Harper tiene muchas ocupaciones de...

Titubeó unos instantes:

—Será mejor que lo vea aquí. El señor Harper viene después de las nueve.

—Vendré a las nueve.

Me volví para salir y él dijo:

—Oiga, señor Roland, todavía no me dijo quién busca a Venus Foster.

—Tampoco me dijo usted su nombre.

—Yo soy Harry Roberts.

—Bueno, Roberts, yo no le puedo decir el nombre de mi cliente porque se supone que no debo decirlo. Hasta luego.

Lo dejé con la boca abierta.

Una vez en la calle, me pregunté cuál sería mi próximo paso. ¿O debía esperar hasta las nueve y ver al señor Harper?

Había un bar al otro lado de la calle y entré en él. Se llamaba Thompson.

Había muy pocos clientes. Un par de ellos en la barra, con aire aburrido. El barman también parecía estarlo porque limpiaba una copa como si fuese a hacer lo último antes de morir.

—Un *whisky* —dije.

El tipo de la copa miró ésta y decidió que todavía no estaba limpia y continuó trabajando con el paño.

Yo también tenía mucho tiempo libre. Hasta las nueve. Encendí un cigarrillo.

Al fin se decidió a servirme el *whisky*. Estaba preparado con la fotografía y la puse sobre el tablero.

—Esta chica era cliente de usted. Venía por aquí.

Era un disparo al azar. Al fin y al cabo, el bar estaba enfrente del club y a Venus la habrían exhibido en una fotografía, como a Lily

Cienfuegos y a las demás, y el barman la tendría que haber visto cada vez que abriese y cerrase su negocio.

—No, no la conozco.

—Qué pena. Se ha perdido cinco pavos.

Los dos clientes de la barra me estaban mirando y uno de ellos parecía un discípulo de Baco. Sus ojos estaban turbios. Saltó del taburete en que se sentaba y vino hacia mí diciendo:

—Quiero ganarme esos cinco pavos, hermano.

—John, vuelve a tu sitio —le dijo el *barman*.

John se detuvo a mitad de camino y miró al barman, después a mí y luego otra vez al barman, y finalmente regresó a su taburete.

Bebí mi *whisky* pausadamente. Jefferson City era un pueblo como otros. La gente no quería a los extraños, y no importaba que hubiesen pasado cien años desde que los naturales de aquella comarca amenazasen con ahorcar al primer forastero que escupiese en la calle.

Me acerqué con mi vaso y mi fotografía a John.

—¿La ha visto, John?

Miró a Venus y, después de paladear mucho, dijo:

—No, señor, no la he visto nunca.

—Trabajó ahí enfrente durante tres días.

—¿Ah, sí?

—Y debieron colgar su fotografía con las de las otras chicas.

—Nunca me paro a ver a esas chicas.

—También se perdió los cinco pavos.

Se frotó las manos en las perneras del pantalón. No le gustaba aquello de haber perdido cinco pavos porque hubiese tenido para muchos vasos de *whisky*.

—Debe medio dólar, forastero —dijo el barman—. Y será mejor que pague y salga.

—¿No puedo beber otro trago?

—No le serviré.

—¿Por qué no?

—No me gustan los forasteros.

Ya lo dije, hermano. Ni cien años habían bastado. Pagué medio dólar y solté un salivazo al suelo y esperé a ver qué pasaba. Nadie sacó el revólver y pude salir de allí.

Un policía estaba delante de mi coche. Extendía un boleto y no

era para tener un recordatorio de mi auto.

—¿Por qué me multa, agente?

El tipo era alto con la cara pétrea. Había olvidado sonreír. O quizá no le habían enseñado a hacerlo.

—No debió dejar el coche aquí.

—No veo una boca de incendios. Y hay otros coches por la calle.

—Pero no aquí.

—¿Qué tiene de especial este sitio? Tampoco veo una señal de prohibición.

—¿Se va a insolentar?

—Sólo le estoy preguntando por qué me multa, agente.

—Ya se lo he dicho. Estacionó en lugar prohibido.

—¿Cuánto es la multa?

—Cinco dólares. Tres, si paga en el acto.

—Pagaré ahora mismo.

Le di los tres dólares y me hizo que firmase el boleto.

—¿Dónde llevo el auto, agente?

—Fuera.

—¿Fuera de dónde?

—Fuera del pueblo.

—¿Y qué pasa con esos otros coches que hay en la calle?

—Ellos pagan el impuesto municipal de aparcamiento.

—Así que, cuando llega un forastero, tiene que aparcar fuera del pueblo.

—Así es.

—No deben tener muchos forasteros al año.

—No, no los tenemos.

Cada vez me gustaba menos Jefferson City. Subí al auto y puse el motor en marcha.

El agente estuvo en la acera, mirándome hasta que me alejé.

Doblé al final de la calle y me encontré en un descampado, con algunos árboles. Cuatro vagos jugaban lanzando una herradura. Detuve el coche debajo de uno de los árboles.

Los cuatro vagos dejaron de jugar para observarme.

Cerré el auto con la llave y eché a andar.

Los vagos no reanudaron el juego hasta verme muy lejos, en la calle principal.

El agente que me había puesto la multa ya se había marchado,

quizá en busca de otro forastero para sacarle tres dólares. O cinco si no pagaba en el acto.

John, el hombre que había querido ganarse los cinco pavos, salió del bar Thompson.

Yo estaba en la acera de enfrente y no me vio. Echó a andar lentamente y su paso era inseguro porque llevaba demasiado *whisky* en el cuerpo.

Al cabo de un rato torció por un callejón y yo crucé a la otra parte para seguirle.

Llegamos a un lugar donde sólo había chozas con jardín, algunos bien cuidados. Pero John cruzó uno en donde crecía la maleza y entró en una cabaña que parecía ir a venirse abajo de un momento a otro.

Lo dejé desaparecer en el interior y entonces crucé el jardín, subí al porche y llamé a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó con voz estrepitosa.

—El forastero.

—Márchese.

—Le traigo los cinco pavos.

—No los quiero.

—Usted conoció a Venus y quería decirme algo acerca de ella.

—Váyase al infierno. No se quede ahí fuera. Me está comprometiendo. Lo están vigilando.

Miré hacia la callejuela y no vi a nadie.

—No, John, no me siguieron.

—Es lo que usted cree. Lo están vigilando y lo matarán si sigue preguntando por Venus Foster.

—¿Por qué no he de preguntar por ella, John?

—Oiga, señor Roland, quiero veinticinco dólares por la información.

—De acuerdo. Los tendrá. Abra.

—No, no quiero hablar con usted aquí porque estoy seguro de que lo siguieron. Vaya dentro de un par de horas, cuando haya oscurecido, a la orilla del río, en el puente Denison. Pero lleve los veinticinco dólares.

—Está bien, amigo. Iré con una condición. Que me adelante algo.

—Está bien, señor Roland. A ella la mataron...

CAPÍTULO IV

Sentí un escalofrío tras oír a John desde el otro lado de la puerta.

—John, abra.

—No abriré. Ya le he dicho que lo veré en el puente Denison dentro de dos horas. El puente está al sur del pueblo. Lárguese ahora, por lo que más quiera. Allí no nos verá nadie y le explicaré todo.

Di la vuelta y bajé del porche.

Mi frente estaba llena de sudor, un sudor muy frío.

Regresé a la calle principal. Me detuve un momento ante la comisaría. Se supone que los crímenes son cosa de la policía y, según John, allí se había producido un crimen.

Finalmente entré.

El agente multador estaba leyendo un periódico tras de una mesa.

—¿Todavía aquí, señor Roland? —rezongó.

—Quiero hablar con su jefe.

—¿Por qué?

—Asunto personal.

Sonrió con media cara.

—Al jefe no le gustan los asuntos personales con los forasteros.

—Oiga, agente, ¿cómo se llama?

—Pat Miller. ¿Va a presentar una queja al jefe por la multa que le puse?

—No.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere de él?

Saqué mi credencial de investigador privado y se la enseñé. Miller no la tomó en sus manos. Se limitó a leer la tarjeta.

—¿Un investigador privado de la gran ciudad? ¿Por qué lo

mandaron, señor Roland?

—Busco a Venus Foster.

Le enseñé la fotografía.

—No la he visto por aquí.

—Es raro que no la haya visto, Miller. Estuvo trabajando tres días en el Club San Pol, unas manzanas más abajo. Y apuesto a que pusieron su fotografía en la puerta.

—Bueno, ahora que lo dice, creo recordarla —estaba hablando con displicencia—. En la foto que yo vi tenía menos ropa.

—¿La conoció personalmente?

—No.

—¿No llegó a hablar con ella?

—No.

—Está bien. Hablaré con su jefe.

—Oiga, debería multarlo por decir eso.

—¿Multan también por respirar el aire de Jefferson City?

—No se haga el gracioso.

—No me estoy haciendo el gracioso. Quiero hablar con su jefe porque estoy haciendo un trabajo.

—Está haciendo un trabajo, pero el jefe es un hombre de una moralidad muy sana, y no se relaciona con las chicas del Club San Pol. Le estoy librando de una buena, Roland... Si el capitán Fenton supiese que lo está calumniando...

—No he dicho que el capitán Fenton tuviese algo que ver con la chica que busco.

La puerta del fondo se abrió y un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, fornido, de cabeza poderosa, que también vestía uniforme, ladró:

—Pat, ¿qué pasó en el bar de la estación de servicio de Polly?

—Sólo fue una pelea, jefe.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Pelearon dos muchachos. Les di un repaso y los dejé libres. Uno era el hijo del juez Turkel y el otro David Moore...

—Polly me acaba de llamar. Ocasionaron daños por valor de once dólares. Te he dicho un millón de veces que, cuando se ocasionen daños en los bienes de los ciudadanos, debo ser informado inmediatamente.

El capitán Fenton reparó en mí.

—¿Quién es, Pat?

—Mike Roland, un investigador privado de Los Ángeles.

—¿Qué quiere?

—Hablar con usted, jefe —dije antes de que Miller contestase.

Pero enseguida lo hizo Pat.

—Está buscando a una fulana que trabajaba en el San Pol.

—¿Ah, sí?

—Se llamaba Venus Foster y ya se fue.

—Cállate, Pat —el capitán Fenton me observaba atentamente—.

Pase, señor Roland. Lo recibiré.

Dejó que entrase y él lo hizo a continuación.

—Siéntese, señor Roland.

Ocupé un sillón de cuero y él se sentó detrás de una mesa donde había muchos papeles y tres teléfonos.

—Fume si quiere, Roland.

—Gracias.

—Yo sólo fumo un cigarro por la mañana, y ya va siendo hora de que lo haga —abrió un cajón y sacó un grueso cigarro y una pequeña guillotina de esas que sirven para cortar el extremo del puro—. Me la regaló mi mujer —dijo enseñándome la guillotina que aplicaba al extremo del puro.

Se produjo un chasquido y el pequeño trozo de cigarro que había cortado saltó por el aire. Luego encendió con la llama de un mechero de gas.

—¿Qué puedo hacer por usted, muchacho?

Me levanté y le puse delante la fotografía de Venus.

—Bonita chica —dijo.

—Vino contratada aquí por Alex Harper. La llamó por teléfono a Los Ángeles. El contrato era por tres semanas, pero fue rescindido a los tres días.

—¿Quién tuvo la culpa de la rescisión?

—El señor Harper dijo que ella quiso marcharse.

—¿Habló con Harper?

—No, con un empleado de Harper. Harry Roberts.

Me miró con el ceño fruncido.

—Oiga, si le han dicho que se marchó porque ella quiso, ¿qué es lo que está usted investigando?

—Mi cliente tiene razones para suponer que, si Venus Foster

hubiese salido de este pueblo, ella hubiese regresado a Los Ángeles.

—¿Sólo tiene eso?

—Sólo eso, jefe.

Dio una larga chupada al cigarro y arrojó el humo por los agujeros de la nariz.

—¿Lleva mucho tiempo como investigador, señor Roland?

—Seis años.

—¿Sabe cuánto tiempo llevo yo de policía? Veintidós. Reconocerá que eso me ha dado más experiencia que a usted.

—Seguro.

—Cuando yo realizo una investigación, me hago una pregunta. ¿Dónde está la base? Tomemos su caso, por ejemplo. ¿Cuál es la base para que usted investigue? Un cliente le contrató para buscar a Venus Foster. Usted llega aquí, donde Venus trabajó por última vez, y le dicen que ella se marchó porque rescindió el contrato. Se le acabó la base, señor Roland. Su cliente pensó que Venus Foster regresaría a Los Ángeles cuando acabase aquí su contrato. Pero Venus pensó otra cosa y ahora ella está en Las Vegas, en Chicago o en cualquier otra parte.

—¿Murió alguien violentamente?

—¿Cómo dice?

—Que si murió alguien violentamente en Jefferson City durante las últimas tres semanas...

—¿Se refiere a un crimen en Jefferson City?

—Sí.

—¿Por qué pregunta eso?

—¿No debí preguntarlo?

Me miró a la cara. Sus ojos eran verdes y se estaban llenando de furia, pero logró contenerse.

—No, señor Roland, no hemos tenido ninguna muerte violenta en Jefferson City desde hace tres meses. El último crimen fue el de Sam Manners, un leñador que mató con su hacha a un compañero. Los dos estaban borrachos y discutieron por dinero. Después han muerto tres personas, dos mujeres y un hombre. Ellas tenían más de ochenta años y él noventa y cuatro.

—Tiene un pueblo muy saludable, jefe.

—Estamos orgullosos de Jefferson City.

—Gracias por su ayuda.

—No tiene por qué darlas.

Metí la fotografía de Venus en el sobre y me dirigí hacia la puerta.

—Señor Roland.

—Diga, jefe.

—Éste es un pueblo pequeño y no tenemos nada que esconder.

—Enhorabuena.

Salí de allí y el agente Miller dejó de leer el periódico para prestarme atención.

Pasé por su lado y salí de la comisaría.

Caminé unos pasos y me encontré ante un restaurante. Se llamaba Douwling.

Entré y tomé posesión de una mesa.

Una camarera se acercó y le hice el pedido.

Cuando me trajo el primer plato, le enseñé la fotografía de Venus.

—¿La ha visto?

—Oh, sí, es Venus Foster. Comió aquí un par de veces, hace unas semanas. Es una chica muy simpática. Trabajó en el Club San Pol.

—¿Comía sola?

—Menos una vez.

—¿Y quién le acompañaba esa vez?

—Alan Dixon, el dueño de la ferretería que está al final de la calle.

—¿Puede agregar alguna cosa?

—Yo sólo soy una camarera.

Terminé de comer y me fui a la ferretería de Alan Dixon.

Un muchacho me preguntó qué deseaba. Yo le dije que quería hablar con el señor Dixon. Me señaló un despacho que había al fondo.

Al entrar, un hombre de unos treinta y cinco años apartó la mirada de un libro de contabilidad.

—¿Es usted Paul Harris, el nuevo representante de Maquinarias Johnson? —inquirió.

—No. Soy Mike Roland, investigador privado.

—¿Eh?

—Busco a Venus Foster, señor Dixon.

Alan era pelirrojo, con la frente abombada y los ojos saltones.

—Oh, sí, Venus Foster. La conozco... Bueno, no mucho, ¿eh, señor Roland? La vi en el Club San Pol y la invité a un par de copas. Soy soltero. Uno tiene que divertirse de vez en cuando.

—¿Cuándo la invitó a comer usted?

—Ella llevaba un par de días en el club.

—Así que, fue el tercer día cuando usted y Venus fueron a comer al restaurante Douwling.

—Pues sí. Debió ser ese día.

—¿Le habló Venus de que se marchaba?

—No.

—¿No le dijo que iba a rescindir el contrato con el Club San Pol?

—No.

—Sin embargo, usted no la volvió a ver.

—No, señor Roland. No la vi más.

—¿No le pareció extraño?

—Bueno, pensé que ella se había marchado de Jefferson City. Había una foto de Venus en la calle, ya sabe, en ese escaparate donde las exhiben a todas.

—Sé a lo que se refiere.

—Pues quitaron la fotografía de Venus y entonces me dije que ella se habría marchado.

—¿No intentó verla otra vez después que la invitó a comer?

—No, señor. No lo intenté. Me gustan todas. No hay ninguna en especial para mí. ¿Usted me entiende?

—Lo entiendo. ¿De qué hombre le habló ella?

—No sé a quién se refiere, señor Roland.

Yo había aumentado mi apuesta al decir aquello, pero no dio resultado.

—Gracias por todo, señor Roland.

Me dirigí hacia la puerta, pero giré antes de salir.

—¿Se enteró del crimen, señor Dixon?

—¿El crimen?

Vi cómo su rostro palidecía, pero no dijo una palabra.

—Señor Dixon, le he preguntado si está informado del crimen.

En su frente se habían formado pequeñas gotas de sudor. Sonrió, pero su sonrisa fue tan falsa como la de Judas.

—No sé nada de un crimen.

Le hice un saludo con la mano y salí de la ferretería.

Ya era hora de que fuese al Club San Pol, el lugar donde había trabajado Venus Foster, donde había pasado tres días de su vida antes de convertirse en humo.

CAPÍTULO V

Lily Cienfuegos estaba actuando en un pequeño escenario. No hacía *streap-tease*, pero se le parecía. Aquello era Jefferson City y no Los Ángeles, y el jefe de policía, el capitán Fenton, era un tipo muy moral.

No había todavía muchos clientes.

Yo ocupaba un taburete y bebía un *whisky*.

No había dicho nada todavía de Venus Foster, entre otras cosas porque los empleados ya deberían saberlo.

Harry Roberts servía en las mesas y, de vez en cuando, me dirigía una mirada. No, el señor Harper todavía no había llegado.

Una pelirroja se acercó por mi lado.

—Hola —me dijo—. Soy Ruth Parker.

—Y yo Mike Roland.

—¿Cómo estás, Mike?

—Tirandillo.

—¿Me invitas a una copa?

—Claro.

—Quiero un *whisky*.

Pedí dos porque el mío estaba a punto de consumirse.

—¿Trabajas aquí, Ruth?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que hicieron el mundo —soltó una risita—. La verdad es que llevo seis meses, pero es como si me hubiesen metido en un cajón.

Se humedeció los labios con la lengua después de beber un traguito de *whisky*. Era monilla, con la nariz respingona. La habían puesto en mi camino para confundirme, pero si yo me dejaba

engañar, hubiese renunciado a mi licencia. Acepté las reglas del juego y dije:

—Busco a Venus Foster.

—Oh, nos hicimos muy amigas.

—¿De veras?

—Una gran chica esa Venus... Pero no encajó aquí.

—¿Por qué no, Ruth?

—Me habló de un tipo que le gustaba.

—¿Quién?

—No me dijo su nombre. Lo había conocido fuera del club. Era un agente de seguros. Lo cierto es que él le propuso marcharse juntos a Chicago. Yo le dije a Venus: «Chica, no pierdas la oportunidad y lárgate con tu agente de seguros». A Venus no le costó trabajo rescindir su contrato con el señor Harper y se largó.

—A Chicago.

—Eso es. A Chicago.

Paladeé mi *whisky*.

—¿Quién te dijo que me contases esa historia, Ruth?

—No sé de qué me estás hablando.

—Fue Harry Roberts, ¿eh?

—Oye, eres un tipo muy pesado. ¿Por qué me iba a decir Harry tal cosa?

La tomé por la muñeca y la apreté con suavidad.

—¿Qué fue de Venus Foster, Ruth?

—No sé nada.

—Creí que se había ido a Chicago.

—Sí.

—Estás mintiendo, Ruth.

—Déjame, me haces daño.

—¿Qué sabes de Venus Foster?

—Oye, si no me sueltas, me pongo a chillar.

La seguí apretando la muñeca y ella soltó el chillido.

Un hombre apareció delante de nosotros como uno de esos muñecos de las cajas de sorpresa. Era grandote y tenía cara de boxeador retirado.

—¿Qué te pasa, Ruth? —Gruñó.

—Este tipo, Glen. Casi me parte el brazo.

Glen hizo una mueca.

—Eh, amigo, si no sabe beber, lárguese.

Primero me habían querido confundir mandándome a Ruth, y ahora me mandaban al matón de la casa.

—Suéltela.

La solté y el ex boxeador se engalló:

—Pague la consumición y eche a andar hacia la calle. —Vine a hablar con el señor Harper.

—Ya no hablará con el señor Harper.

Pagué los tres *whiskys* y salté del taburete. Sorprendí al matón llamado Glen, que era lo que yo quería. La atrapé un trozo del hígado y se lo retorcí. El boxeador se dobló para tragar aire.

—Glen —dije—, quiero hablar con el señor Harper, y voy a hablar con el señor Harper. No admito juego sucio.

—Lo voy a destrozar.

Le retorcí más el hígado. Trató de zafarse levantando su puño derecho que era como una calabaza. Pero crucé el brazo y le hice una llave, inmovilizándolo.

Glen entornó los ojos mientras hacía un gesto de dolor.

—Glen, a ella no le partí el brazo, pero a ti te lo puedo quebrar como un mondadientes. Vamos a llegar a un acuerdo. La chica se marchará y tú me dejarás en paz.

—¿Qué pasa aquí? —dijo una voz.

Era un hombre alto, de cabello rubio, bien parecido.

—Es Mike Roland, investigador privado de Los Ángeles, señor Harper —dijo Glen—. Quería hablar con usted.

—Si quería hablar conmigo, ¿por qué no le dejaste tranquilo, Glen? Aquí tratamos bien a toda clase de clientes, incluidos los investigadores privados de Los Ángeles. Venga conmigo, señor Roland.

Dejé libre a Glen y fui detrás de Harper.

Entramos en un despacho muy hermoso, con mobiliario caro.

Alex Harper dio un suspiro y sonrió.

—Glen se excedió. Pero no se lo tenga en cuenta. Sólo es un perro fiel.

—Olvidado.

—¿Qué quiere, señor Roland?

—Harry Roberts se lo dijo por teléfono. Busco a Venus Foster. Se echó a reír.

—Sí, me lo dijo, pero usted ya conoce la respuesta.

—¿Se refiere a la fábula que trató de colocarme Ruth Parker?
Venus Foster se fue a Chicago con un agente de seguros.

—¿No es posible que lo hiciese?

—No, señor Harper.

—¿Por qué no?

—Mi cliente habría sido informada por Venus.

—Así que, su cliente es una mujer.

Sacó una pitillera y de ella extrajo un cigarrillo con boquilla.

—¿Fuma, señor Roland?

—Fumaré de los míos.

Encendió con un mechero de oro.

—Señor Roland, es muy difícil llevar un negocio como el mío en una pequeña ciudad como Jefferson City. No se puede imaginar la de contratiempos que surgen a cada instante. Muchas veces he querido marcharme a San Francisco o a su ciudad, Los Ángeles, pero el doctor me recomendó el aire seco.

No tenía nada que decir acerca de sus dificultades respiratorias.

—A usted lo contrató Susan Peterson, Roland. Esa muchacha es terca... Le dije lo que había pasado con Venus. Simplemente, rescindió el contrato y se marchó. No sé adónde fue, ni con quién se marchó, pero una cosa es segura, señor Roland. Que si busca a Venus Foster en Jefferson City no la encontrará. Por tanto, debe ir a buscarla a otra parte.

—¿Eso es todo lo que tiene que decirme?

—Todo.

—Pensé que colaboraría conmigo, Harper.

—Yo he colaborado.

—Lo que dijo no me sirve.

—Le dije cuanto sé.

—¿Por qué contrató a Venus Foster?

—Vi su fotografía en un folleto de propaganda de la Agencia Mundis. En ella se incluía su dirección y el teléfono de la chica. La llamé por teléfono y le hice la oferta. Ella aceptó y se vino a trabajar a mi club. A los tres días, Venus decidió marcharse y yo no tuve inconveniente en rescindir el contrato. No acostumbro a obligar a nadie a que trabaje conmigo a la fuerza. Es una estupidez hacerlo, sobre todo si se trata de chicas. Si ellas trabajan de mala

gana, uno pierde dinero. Sé cuánto hay que saber de mi profesión, señor Roland.

—Hasta la vista —dije.

No abrió la boca mientras salía.

La pelirroja estaba en el mostrador.

—Perdona, Ruth —le dije—, ahora todo está claro. El señor Harper me convenció.

—Me alegro.

—¿Dónde te hospedas?

—En el hotel, Victoria.

—Oh, sí, el mismo en que estaba Venus —dije al azar.

—Casi todas paramos allí. Es barato y no se come mal.

—Pasaré la noche en el hotel Victoria.

—Mi habitación es la 14 y termino poco después de las doce.

—Te haré una visita, Ruth. Con una botella de champaña.

—Trato hecho —me sonrió.

—Hasta luego, Ruth.

Le di una palmada en la mejilla y salí de allí.

Como era natural, el hotel Victoria estaba en la misma calle. Al letrero le faltaban unas cuantas bombillas, pero todavía se podía leer.

El registro estaba atendido por un hombre casoso, de unos cincuenta años, de nariz afilada.

—Soy Mike Roland y quiero una habitación.

—¿Por cuántos días?

—Un par.

—Ocho dólares, señor Roland. Por favor, inscríbase.

Me inscribí, pagué los ocho dólares y él me entregó la llave de la habitación 32.

Me fui hacia la escalera, pero me detuve a mitad de camino.

—Tengo una amiga aquí. Venus Foster.

Levantó la cabeza como si le hubiese amenazado con un punzón.

—No la encontrará, señor Roland. Se marchó.

—Deme la dirección que le dejó.

—No dejó ninguna dirección.

—¿Y con quién se fue?

—No hago preguntas a los huéspedes, señor Roland.

Aquello terminó el diálogo y fui a la habitación 32.

Tenía una ventana que daba a la calle principal. No tenía aire acondicionado y hacía un calor infernal.

Me quité la chaqueta y me lavé la cara y las manos. Luego salí y dejé la llave a Nariz Afilada.

Ya era hora de que fuese al puente Denison para escuchar a John lo que me tuviese que decir acerca de un crimen.

Fui a por mi auto al descampado.

No vi a los cuatro vagos.

Cuando iba a abrir la portezuela los cuatro tipos salieron de la oscuridad. Uno de ellos manejaba una llave inglesa del número doce, con la que podría haber partido el cráneo de un bisonte. Y los otros tres manejaban pesados trozos de chatarra que les servían de estacas.

—Espere, forastero —dijo el de la llave inglesa.

Yo tenía la pistola en la guantera, justamente el arma que necesitaba para detener a aquellos cuatro fulanos.

Abrí la portezuela para apoderarme de la pistola, pero el tipo de la llave inglesa me golpeó en el hombro.

Sentí un terrible dolor en la clavícula y mi brazo derecho se quedó como si fuese de corcho.

Empecé a girar para burlar un nuevo golpe.

El tipo de la llave inglesa, que tenía las sienes hundidas, me cogió por las solapas y me lanzó contra el coche.

—Eh, chicos, aquí tenemos a un investigador de la ciudad.

—Yo no he visto nunca a uno, salvo en la TV.

—Pues míralo ahora.

—Caramba, tiene una cabeza, dos brazos y dos piernas como nosotros.

—Pero son duros, muy duros —dijo el de la llave inglesa, que parecía el jefe del grupo.

Podía tener veintitrés años y los otros estaban por los veinte o por los diecinueve.

Traté de hacer con el jefe lo que había hecho con el matón, atraparle el hígado, pero no se dejó y me golpeó con la llave inglesa en la rodilla.

Me estremecí de la cabeza a los pies, como si me hubiesen puesto en contacto con una corriente de alto voltaje.

—¿Por qué no te portas como un buen muchacho? —dijo el de

la llave inglesa.

Uno de los fulanos golpeó con su barra la aleta delantera del auto y la abolló.

—Tienes un coche muy frágil, sabueso.

Otro de los fulanos levantó su trozo de chatarra sobre mi cara.

—Yo quiero saber lo frágil que es su cara —y se preparó para deshacérmela.

CAPÍTULO VI

Aquellos tipos querían convertirme en un pingajo. Conocía bien a los de su clase. El que iba a deshacerme la cara puso en marcha su chatarra, pero levanté un zapato y le golpeé. Soltó un terrible aullido y se desplomó.

El de la llave inglesa quiso ajustarme las cuentas y pegarme con ella en la cabeza.

Me agaché a tiempo y la llave golpeó contra el cristal de la portezuela, haciéndola saltar en pedazos.

Yo le atrapé por el cuello. Perdió el equilibrio y estrelló su cara contra los cristales rotos. Vi cómo se rasgaba su cara y se puso a echar sangre y a chillar como una rata en un vertedero.

—¡Es un asesino!

Los otros dos fulanos se lanzaron sobre mí con sus estacas.

Me dejé caer en el suelo.

Los trozos de hierro golpearon contra el coche, pero uno de ellos me alcanzó en el muslo y me rasgó el pantalón, además de hacerme mucho daño.

Rodé alejándome, y en mi camino encontré el trozo de chatarra que había abandonado el tipo que lloraba porque le había cazado.

Me levanté enarbolando la estaca.

Los otros dos se detuvieron.

El jefe de la pandilla tenía las manos en el rostro y las apartó mostrando sus heridas.

—¡Quiero un doctor, muchachos!

Los dos que quedaban ilesos y yo nos miramos como gladiadores antes de emprender una lucha a muerte en el circo. Sonreían con ferocidad, y yo también les sonreí enseñándoles los dientes.

Se lanzaron sobre mí, pero no lo hicieron al mismo tiempo, y

pude dedicarme al de la izquierda que llegaba con más rapidez.

Salté al mismo tiempo que le descargaba un golpetazo en los brazos, que él había bajado para aplastarme el cráneo con su maza.

Cayó de bruces, como una rana, y hundió la cara en el polvo y se puso a gritar.

—¡Mátalo, Bill! ¡Mátalo!

Bill era el cuarto hombre, el único que quedaba en pie, y ya estaba corriendo hacia mí con su trozo de chatarra.

—¡Ven aquí, investigador! ¡Ya hiciste demasiado daño! ¡Ahora lo vas a pagar!

Trató de cazarme con el hierro, pero falló.

Me dejé caer otra vez en la arena porque él hizo retroceder su maza. De haberme quedado quieto me habría decapitado. Se venció sobre mí y le recibí pegándole un estacazo en el plexo solar.

Se quedó sin respiración, mirándome con los ojos desorbitados.

Me contenté entonces con machacarle con el puño izquierdo las narices y se derrumbó.

Me fui tambaleando hacia el coche.

El jefe de la pandilla estaba arrodillado y seguía con las manos en la cara y gimoteaba.

—¡Esto lo pagaré, bastardo! ¡Esto lo pagaré!

Me metí en el coche, lo puse en marcha y me alejé de allí.

Tenía una botella de *whisky* en la guantera, junto con la pistola. Bebí un largo trago y me sentó muy bien.

Fui por el camino que me había indicado John. Poco después llegaba al puente que brillaba en medio de la oscuridad.

El río pasaba con escasa agua y olía a demonios.

Dejé el coche entre los arbustos y miré a mi alrededor, pero todo era una mancha de tinta.

—John —llamé en voz baja.

Nadie me contestó.

—¡John!

—Estoy aquí, señor Roland.

La voz venía de la orilla donde crecían los arbustos.

Me dirigí hacia allí y casi tropecé con él.

John estaba arrodillado.

—Agáchese o lo verán, señor Roland.

Me arrodillé.

—Hable, John.

—¿Trajo los veinticinco dólares?

Saqué cinco billetes y se los di. Puso los billetes ante sus ojos y los abrió en abanico, para cerciorarse de que no eran papeles de periódico. Luego soltó un gruñido de asentimiento y guardó los billetes en el bolsillo.

En eso se oyó el motor de un coche y John se echó de bruces.

—¡Cuidado, señor Roland! ¡Agáchese!

El coche venía de la ciudad, por el camino que yo había traído.

—¿Es la policía? —preguntó John.

—No, no es la policía.

El auto pasó de largo por la carretera y su ruido se fue perdiendo en la distancia.

Atrapé a John por el cuello.

—Suéltelo ya, John.

—La mataron.

—¿A Venus Foster?

—Sí.

—¿Quién la mató?

—No lo sé.

—¿Cómo sabe que la mataron?

—Yo vi el cadáver.

—¿Dónde lo vio?

—Oiga, señor Roland. No puede hacer nada. Ellos son muchos y poderosos. Nadie puede contra ellos en Jefferson City. Cuando uno de ellos pelagra, todos se unen para luchar contra el que intenta jugársela... Lárguese ya, señor Roland.

—No, John. Quiero saberlo todo.

De pronto John echó a correr.

—Párese, John.

No me hizo caso. Siguió corriendo por entre los arbustos como un jabalí perseguido.

Lo maldije para mis adentros.

—¡John, espere!

—¡Maldita sea, no le diré más!

En igualdad de condiciones, lo habría alcanzado en pocos segundos, pero mis dos piernas habían sido alcanzadas por los cuatro vagos. Uno me había pegado en la rodilla y otro en el muslo.

—John, venga acá. Le daré otros veinticinco dólares.

No me contestó.

Se había ido. Regresé a mi coche y bebí otro trago de *whisky*. Entonces me di cuenta de que tenía el traje y la camisa manchados de sangre, aunque ésta no era la mía, sino la de Sienes Hundidas.

Regresé al hotel.

Nariz Afilada me vio entrar con la maleta y dijo:

—¿Con quién peleó, señor Roland?

—Tropecé con un muro.

Me dio la llave de la habitación y subí.

Me despojé de las ropas y, cuando estuve en paños menores, me lavé la cara llena de sudor y de polvo.

La puerta se abrió sin que nadie llamase y entró el agente Pat Miller. Dejó la puerta abierta.

—No oí que llamase —dije.

—No llamé.

—Oh, sí, dejé otra vez el auto en la calle principal. Sírvasse usted mismo los tres dólares de la mesilla de noche, Pat.

Su cara se puso roja.

Oí pasos y por el hueco apareció el capitán Fenton.

—Hola, Roland.

—¿Cómo le va, capitán?

Fenton miró a su subordinado.

—¿Le pusiste una multa, Pat?

—Sí, capitán. Al llegar estacionó en la calle principal.

Tenía el grueso cigarro por la mitad. Le dio una chupada y me miró por entre el humo que arrojaba por la boca.

—Está quebrantando nuestras leyes, Roland. Pat tuvo que ponerle una multa, y ha vuelto a dejar el coche donde no debe.

—Siento contravenir sus reglamentos, jefe. Después que Pat me puso la multa, me llevé el coche a un descampado, al final de la calle, y el resultado fue que cuatro muchachos trataron de matarme. Si ha visto mi coche, habrá observado que me destrozaron un cristal y me abollaron las aletas.

—Los muchachos no dicen eso.

—¿Ya habló con los muchachos, jefe?

—Sí, uno de ellos está seriamente lesionado. Ken Sullivan.

—Se produjo los cortes con el cristal de mi coche.

—Usted lo lanzó contra la ventanilla.

—No, capitán. No fue así. Esos cuatro vagos quisieron desmembrarme y yo no me dejé.

Fenton miró el cigarro, como si esperase que de él saliese un genio.

—Lo que usted ha hecho es muy serio, Roland —dijo sin mirarme—. Esos chicos tienen una familia y recibí muchas quejas. Dirán que soy un mal capitán de policía porque dejo que un forastero llegue a Jefferson City y apalee a sus hijos.

—Sí, es una verdadera pena que un forastero haga eso con unos chicos de tan nobles principios. Ellos me quisieron regalar flores para celebrar mi llegada.

Me miró con pereza.

—No siga por ese camino, Roland. Lo debo detener. Es mi obligación encerrarlo y el juez Turkel le metería una buena sentencia.

—Quiero un abogado.

—¿Para qué?

—Según la Constitución de los Estados Unidos, tengo derecho a un abogado.

—Tendría derecho al abogado si lo detuviese.

—Usted ha dicho que me iba a detener.

—He dicho que lo debía detener, pero no le encerraré —dejó correr irnos segundos—. Con una condición.

—¿La de que me vaya de Jefferson City?

—Sí, Roland —sonrió paternalmente—. He recibido muchas protestas contra usted.

—Una de ellas debe ser la de Harper, el dueño del Club San Pol.

—Sí.

—¿También me denunció la dueña del restaurante porque no pelé bien la manzana?

Soltó una risita.

—Me gustan las personas que tienen sentido del humor. Pero siento decirle que ahora están fuera de lugar sus chistes, Roland. Vístase, coja la maleta y márchese.

—No, jefe.

El agente Miller llevó la mano a la pistola.

—Capitán, ¿por qué no se va a la comisaría? ¿Recuerda? Tiene

trabajo atrasado.

Apunté con la mano a Fenton.

—Capitán, si usted se va y me deja en poder de este muñeco, no consentiré que él me golpee. No se lo consentí a los muchachos y tampoco se lo voy a consentir a Pat Miller, aunque tenga uniforme. Me defenderé como pueda, a mordiscos, a patadas o a zarpazos. Elija.

A Pat Miller se le había hinchado una vena en la sien.

—¡Salga, capitán! —gritó como un loco.

—Tranquilo, Pat.

—¡No puede consentir que este asqueroso investigador le hable así!

—Cállate, Pat. Yo soy el jefe.

Pat Miller tragó una bocanada de aire. Todavía seguía con la mano en la pistola y sus ojos destellaban intensamente.

—Señor Roland, está poniendo las cosas difíciles —dijo Fenton.

—Quiero encontrar a Venus Foster.

—No la encontrará aquí. Ella se marchó de Jefferson City.

—Pruébeme que se fue.

—No puedo hacer eso y usted lo sabe. Un ciudadano llega en su coche, se va en su coche, y yo no puedo exigirle un recibo firmado para probar que ha abandonado la ciudad. Y usted no puede seguir aquí molestando a los ciudadanos, pegándoles, causando lesiones. No, señor Roland, no voy a permitir tal cosa, ni siquiera a un investigador privado de Los Ángeles.

—De acuerdo, jefe. Me iré.

—¿Cuándo?

—Mañana a primera hora.

El agente Miller intervino con un grito.

—¡Se irá ahora!

—Mañana —dije—, estoy cansado y es de noche.

—Hay moteles en el camino de aquí a Los Ángeles. Me señalé las dos piernas.

—Sus buenos muchachos me produjeron también lesiones y apenas puedo andar.

—¡Yo le voy a producir más lesiones! —exclamó el agente.

—Inténtelo. Pero procure no fallar a la primera.

El capitán Fenton dejó oír su voz enérgica:

—Dije que te estuvieses quieto, Pat —me señaló con el cigarro—. De acuerdo, Roland. Se marchará mañana en cuanto amanezca...

—Trato hecho.

—No lo olvide, Roland.

—No lo olvidaré.

—Vamos, Pat —el capitán salió de la habitación.

El agente me dirigió una mirada asesina.

—Me gustaría que faltase a su palabra, Roland —dijo. Luego cerró de un portazo desde el corredor.

CAPÍTULO VII

Tenía que encontrar a John. Era la única persona que me había dado una pista sobre Venus Foster. La habían matado y, cuando una persona está muerta, hay que enterrarla y, naturalmente, no la habrían enterrado en el cementerio. ¿Sabría John dónde?

Pero ¿quién había matado a Venus Foster y por qué?

Me había tendido en la cama a fumar un cigarrillo después que salieron el capitán y el agente.

Salté del lecho y me vestí.

Bajé la escalera cojeando.

Nariz Afilada me observó minuciosamente.

—¿Adónde va, señor Roland? —preguntó.

—¿Es usted mi carcelero? —retruqué.

—Oh, no, señor Roland... Pero es que lo veo en mal estado.

—Me sentaron mal las acelgas y voy a dar un paseo para que se me pase la indigestión.

Salí del hotel y me encaminé al bar Thompson.

Había más clientes que la vez anterior, pero no vi a John. El barman vino hacia mi lado y dijo:

—Le dije que no le serviría.

—Sólo quiero un vaso de agua.

—Tampoco hay agua.

Me dieron ganas de cogerlo por el cabello y aplastarle su sucia nariz contra el tablero.

Me dirigí a los hombres que había allí.

—Si alguien me dice dónde está John, se ganará diez dólares, y pago en el acto.

Saqué dos billetes de a cinco dólares. Todos se me quedaron mirando.

El barman dijo:

—Aquí hay muchos tipos que se llaman John, ¿verdad, muchachos? Los tenemos en abundancia.

—Me refiero al John que bebe demasiado y que vive en una choza de la callejuela. Todos ustedes saben quién es.

Nadie dijo nada.

Di media vuelta y salí a la calle y eché a andar hacia el Club San Pol. Me detuve ante la cartelera y vi otra vez las fotografías. Por el hueco de la escalera llegaban risas mezcladas con la música.

De pronto me sisearon desde una esquina.

Fui hacia allí.

Un hombre estaba escondido. Era pequeñajo, de unos sesenta años.

—Yo iba a entrar en el bar Thompson y escuché que daba diez dólares al que le dijese dónde está John Oliver.

—Sí.

—Yo sé dónde está.

—¿Dónde?

—Deme antes los diez dólares.

Se los di y él entonces dijo:

—Está en la casa de Sally.

—¿Dónde está la casa de Sally?

—Le conduciré, pero me tendrá que dar otros diez dólares.

—De acuerdo, pero se los daré cuando lleguemos.

Se arrimó a la pared y miró a un lado y a otro, copio un conejo asustado.

Luego se puso en marcha, moviendo las piernas muy aprisa. Yo tuve que hacer un esfuerzo para seguirle.

Doblamos por una calleja oscura y señaló una casa. Una de sus ventanas estaba iluminada.

—Allí vive Sally. Deme los cinco dólares.

—¿Cómo sé que no me engaña?

—No le engaño.

—Vendrá conmigo.

—No.

—¿Por qué no?

—Si se enteran de lo que estoy haciendo por usted, me arrancan el pellejo.

Echó a correr como un diablo sin esperar que le diese los otros cinco dólares.

Abrí la cancela y subí al porche.

Llamé con suavidad a la puerta.

Esperé un minuto y me abrieron como un palmo y vi la cara de una mujer con el cabello deshecho. Su cara era una ruina. Olía a *whisky*. Podría tener cuarenta o setenta años, pero a ella probablemente le daba lo mismo.

—Hola, Sally —la saludé.

—¿Quién es usted?

—Mike Roland.

La mujer parpadeó.

—¿Lo he visto alguna vez?

—No.

—Entonces, lárguese.

—Vengo a hablar con John Oliver.

—Vaya a su casa o al bar Thompson.

—Me dijeron que le encontraría aquí.

Empujé la puerta y la mujer se tambaleó.

—¡No tiene derecho a entrar en mi casa, señor Roland!

John estaba agazapado en un rincón. Tenía una botella de *whisky* contra el pecho.

—Hola, John.

El borracho gritó:

—¡Cierra esa puerta, Sally! ¡Ciérrala, maldita sea! Sally cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. John se enderezó poco a poco. Estaba muy nervioso. —Señor Roland, ¿por qué me ha buscado?

—No debió dejarme en el río. Le faltó agregar información.

—Yo le di toda la que sé.

—No, John. Mataron a una mujer. Me tiene que decir ahora quién lo hizo.

—No lo sé. Yo sólo vi el cadáver.

—¿Dónde lo vio?

—En el río.

—¿En qué parte del río?

—Una milla más arriba del puente Denison.

—¿Enterraron el cadáver allí?

—Sí.

—¿Quiénes lo enterraron?

—No puedo decírselo.

—Tiene que decírmelo.

—¡Maldita sea, no! ¡No se lo diré, señor Roland!

—Le daré veinticinco dólares más.

—¡Le dije que no es cuestión de dinero!

Saqué un puñado de billetes y aparté veinticinco dólares que dejé sobre la mesa.

Sally se abalanzó sobre los billetes con las dos manos.

—Díselo, John. Dile a quién viste enterrando el cadáver. Al fin y al cabo, ellos se metieron en complicaciones. ¡Que salgan de ellas! Nosotros somos muy pobres, John. No tenemos complicaciones. Son ellos, los ricos los que quieren darse la gran vida y luego, cuando tienen líos, llega el capitán Fenton y les ofrece su ayuda. ¿Lo oyes, John? —Rió cascadamente con risa nerviosa, de borracha—. Están metidos en un buen lío y el señor Roland también se quiere meter en el lío. ¡Que se meta! ¡Dile de una vez lo que quiere y que se marche...!

John se mojó los labios con la lengua.

—Dick Mason enterró el cadáver.

—¿Quién es Dick Mason?

—Un jugador. También vende coches usados.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—En el hotel Victoria.

—¿Quién estaba con Dick Mason?

—Nadie.

—¿Me va a decir que él sólo enterró el cadáver de Venus Foster?

—Sí.

—¿Y cómo lo llevó hasta allí?

—En una furgoneta.

—Necesito saber el lugar exacto donde está enterrado el cadáver. Tiene que venir conmigo, John.

—Ya no me acuerdo del lugar exacto. Está al pie de una colina. Confórmese con eso.

—¿Cómo lo descubrió usted?

—Yo estaba allí.

—¿Y qué hacía en aquella parte?

—Pescaba. Me gusta pescar. Muchas veces me voy a esa parte

del río. Hay un remanso y allí están las piezas más grandes. Oí un ruido. Llegó una furgoneta... La furgoneta se detuvo y vi a Dick Mason. Sacó el cadáver.

—¿A qué hora era eso?

—Medianoche.

—¿Vio a la mujer?

—Sí.

—¿A qué distancia estaba usted?

—A unos veinte metros.

—¿Y pudo saber que era Venus Foster?

—Sí.

—¿Por qué?

—La había visto antes con un vestido rojo. Era el vestido que llevaba el cadáver.

—¿Cuándo vio a Venus Foster con el vestido rojo?

—Aquella misma tarde en la puerta del hotel Victoria. Yo estaba hablando con unos amigos y Venus Foster salió del hotel con su vestido rojo. Estaba muy llamativa y era muy hermosa. Nos la quedamos mirando.

—¿Había visto a Venus Foster con Dick Mason?

—No.

—¿Dónde juega Mason?

—En la parte trasera del Club San Pol. Pero está reservada la entrada a las personas que tienen la confianza de Harper. No vaya por allí, señor Roland, no le dejarán entrar.

Sally soltó su risa de borracha.

—¿Qué va a hacer, señor Roland? ¿Les va a ajustar las cuentas? No logrará nada. ¿O va buscando billetes? Es eso, ¿verdad, señor Roland? Usted los va a chantajear. Caramba, John, ¿por qué no lo pensaste tú antes? ¡Eres un idiota! Aquí tienes a un forastero que sabe lo que hace. Y no les sacaré los billetes de a cinco, como tú estás haciendo con él. El forastero pedirá montones de billetes. ¿Sabes lo que eres, John Oliver? Un pobre desgraciado. Eso es lo que eres. ¡Un maldito y piojoso desgraciado que se conforma con centavos!

John empujó la botella y bebió un largo trago. El *whisky* le resbalaba por la barbilla y le manchó la camisa.

—No bebas todo el *whisky*, John —le dijo Sally.

Sentí náuseas y salí de allí.

Volví a la calle principal y bajé la escalera del Club San Pol.

El local estaba muy animado ahora.

Muchos clientes habían bebido más de la cuenta y hablaban a gritos o reían desaforadamente.

La pelirroja Ruth estaba en compañía de dos hombres. Uno de los hombres le estaba midiendo la pierna derecha a palmos. Terminó de hacerlo y dijo al otro hombre:

—Gané la apuesta, muchacho. Ruth tiene siete palmos de pierna.

—Yo la medí y sólo tenía cinco palmos.

—Tienes manos de enano.

Ruth soltó la carcajada.

—Sí, Rex, Spencer tiene razón. Tienes manos de enano.

Me acerqué al mostrador.

Harry Roberts vino hacia mi lado.

—¿Otra vez aquí, señor Roland?

Saqué un montón de billetes y se los mostré.

—Ya terminé mi trabajo. Hablé con el capitán Fenton. Venus Foster se marchó de Jefferson City.

—Celebro que haya aceptado la verdad.

—Ahora quiero pasar el rato. Me gustaría jugar... Me dijeron que aquí podría hacerlo.

—Es posible.

Le di una propina de cinco dólares y me guiñó un ojo.

—Sígame.

Cruzamos el salón y me abrió la puerta.

Me encontré en una sala de juego. Había una ruleta y varias mesas donde se jugaba al póquer. La atmósfera estaba cargada de humo.

—¿Ruleta o póquer? —preguntó Harry Roberts.

—Póquer.

—¿Fuerte o flojo?

—No traje demasiado dinero.

—Vaya a la mesa del fondo, la que está más cerca de la ventana.

—Gracias.

Fui a la mesa que me había indicado y, cuando llegué allí, miré a mi espalda y vi que Harry ya se había marchado.

En la mesa jugaban cuatro hombres. Un cincuentón apostó diez

dólares y dijo:

—A ver si puedes ahora conmigo, Dick.

Seguí la dirección de sus ojos y vi que estaba hablando a un fulano de unos treinta años, con el pelo rizado, guapo.

Dick consultó sus naipes, sonrió y dijo:

—Voy a aceptar esos diez dólares. ¿Qué es lo que tienes, Ben?

—Doble pareja de ases y reina.

—Yo tengo un trío de sietes.

—Maldita sea, Dick. No te puedo ganar una mano esta noche.

—Eso es porque piensan en ti las mujeres.

—También piensan en ti y ganas.

Un hombre con una visera se acercó al llamado Dick.

—Eh, Mason, te llaman al teléfono. Urgente.

Yo apenas me había detenido ante la mesa, de modo que podía pasar por un hombre que no sabía dónde dejarse caer.

Retrocedí mientras Dick Mason se levantaba para acudir al teléfono.

Ya había dado con el hombre que había enterrado a Venus Foster.

CAPÍTULO VIII

La sala de juego tenía otra oficina. La puerta estaba entreabierta. Mason desapareció en el cuarto, pero cerró.

Me detuve junto a la puerta. No podía sorprender a Dick Mason porque dentro estaba el empleado de la visera.

Esperé un minuto, dos.

Al fin salió Dick Mason.

Le interrumpí el camino y antes de que pudiera hablar, le dije:

—Le estoy apuntando con una pistola, Dick.

—¿Eh?

Le invité con mis ojos a que mirase hacia el bolsillo y saqué unas pulgadas la pistola que me había metido allí antes de saltar del auto.

Me miró otra vez y se puso pálido.

—¿Quién es usted?

—Probablemente lo sabe, pero a mí me da lo mismo. Va a obedecer, Dick, o no podrá disfrutar de las ganancias de esta noche.

—¿Qué quiere que haga?

—Despídase alegremente de los jugadores y dígales que tiene que resolver un negocio conmigo.

—De acuerdo.

—No abuse de su suerte, Dick. Soy muy rápido. En mi profesión me llaman Mike, el de la Morgue.

—Descuide, saldré con usted.

—Le acompaño hasta la mesa para que no cambie de opinión.

Fuimos juntos como dos camaradas, pero yo seguí con la mano en la pistola para evitarme sorpresas.

Dick rió a sus compañeros de mesa:

—Muchachos, concededme una hora.

Rex, el tipo que acababa de perder con él, protestó:

—No puedes dejarnos ahora. Nos ganas mucho dinero.

—Dije una hora, y una hora son sólo sesenta minutos. Regresaré enseguida y os seguiré ganando. Yo tampoco quiero desaprovechar mi buena racha.

Se inclinó sobre la mesa para retirar su dinero. Era el momento más peligroso. Ya saben, en las películas, el tipo que hace eso, siempre lanza la mesa contra el fulano que le está encañonando. Deseé que Dick se diese cuenta de que aquélla no era una escena filmada, sino la realidad.

Guardó su dinero en los bolsillos de la chaqueta y agitó la mano.

—Hasta luego.

Se apartó de la mesa y yo fui con él.

—Bien hecho, Dick —le dije.

—Está chiflado si piensa que me va a robar. Aquí en Jefferson City tenemos un capitán que no deja que seamos asaltados. Lo pillarán, amigo.

Abrí la puerta que comunicaba con el bar y empujé a Mason para que se diese prisa.

—Sin detenernos, Dick —le advertí.

Roberts estaba lejos. No quería que él me viese, aunque de todas formas estaba decidido a enseñarle también la pistola. Pero nadie nos estorbó hasta la calle.

Una vez fuera del local, Dick Mason señaló hacia la comisaría.

—Le haré una proposición. Usted se marcha y yo vuelvo a jugar ahí dentro. Le pagaré diez dólares.

—No soy un taxista.

—¿Hacen veinticinco?

—Viene conmigo.

—¿Adónde?

Vi mi auto en la puerta del hotel. Me interesaba que continuase allí.

—¿Dónde está su coche, Dick?

—Arriba.

—Vamos por él. Usted conducirá.

—No pienso hacer tal cosa.

—Oiga, Dick, ¿quiere que le meta una bala? No está en mi ánimo herirle, pero me pusieron las cosas difíciles aquí, y ya me

estoy cansando.

Afirmó con la cabeza y caminamos diez metros hasta llegar ante un auto de carrocería brillante, modelo de aquel año.

—Recién comprado ¿eh? —comenté—. Por lo visto, la racha buena le viene de lejos.

Se inclinó sobre la portezuela para abrir con la llave y entonces fue cuando trató de jugármela. Me pegó con el codo en el estómago, pero yo estaba preparado y no consiguió nada más porque subí de arriba a abajo el puño izquierdo y le casqué la mandíbula.

Se quedó un poco atontado y aproveché aquel momento para soltarle una bofetada en la boca y en la nariz, todo de una sola vez. Le hice daño y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Dick, si me la juegas otra vez, te convierto en un cadáver.

Lo dije con la suficiente rabia para que en sus ojos viese aparecer el miedo.

Había dejado la llave en la portezuela. Abrí y lo empujé al interior, hacia el volante, y ocupé el asiento de al lado.

—En marcha, Dick.

—¿Adónde?

—Puente Denison.

Miró por el espejo retrovisor, quizá esperando ver al capitán Fenton o al agente Miller en la puerta de la comisaría.

Yo miré también y no vi a ninguno de ellos.

Puso en marcha el motor y el auto se deslizó perezosamente en la calzada.

Alargué mi pierna y pisé su pie sobre el acelerador con suavidad para que el motor no emitiese un zumbido demasiado extraño.

—No tenemos toda la noche, Dick —le dije—. Y me estás poniendo nervioso.

Retiré el pie y ya Dick hizo lo demás.

Cuando abandonamos la calle principal dijo:

—No hace falta que vayamos al puente Denison. Nos podemos parar aquí y le daré todo el dinero que tengo.

—No.

—Son cuatrocientos dólares.

—¿De verdad me ves cara de salteador?

Empezó a preocuparse.

—¿Quién es usted?

—No soy un ladrón y ya te dije que deberías saberlo.

—Oiga, está chiflado.

—No eres nada original.

Llegamos al puente Denison y detuvo el coche.

—De acuerdo. No son cuatrocientos dólares. Son seiscientos. Le daré todos los billetes y usted se marchará.

—Vamos a tu cementerio particular, Dick.

—¿Cómo?

—Al lugar donde la enterraste.

—¿De qué me está hablando?

—De un cadáver.

Sus ojos reflejaron el pánico.

—Oiga, yo... —tartamudeó—. No le comprendo... Es absurdo.

—Enterraste a la chica y apuesto a que dejaste la pala cerca. Naturalmente, la limpiaste de tus huellas digitales, pero la vas a manejar otra vez.

—Oiga, señor Roland...

—¿Recordaste de pronto mi nombre?

—Me hablaron de usted.

—¿Quién, te habló?

—Un amigo.

—El que te llamó por teléfono, ¿verdad?

—Sí.

—¿Quién es?

—Roland, todo se puede arreglar con dinero.

—Pero ella no lo pudo arreglar con dinero.

Saqué la pistola y le apunté entre los dos ojos:

—Tengo ganas de apretar el disparador, Dick. Palabra que me gustaría hacerlo. Me dan asco los tipos que matan a las mujeres. Me dan asco los tipos que las entierran. Me dan asco los tipos que cobran por hacer eso y luego dicen que están en la buena racha.

En su frente se habían formado gotas de sudor. Tenía los labios resecos. Se estaba deshidratando.

—Las cosas no pasaron como usted cree, Roland.

—Vamos al lugar donde la enterraste.

—Espere un momento.

—¡No hay nada que esperar!

—Está cometiendo un error, señor Roland. Se lo juro.

- Me gusta cometer esta clase de errores.
- No conseguirá nada con desenterrarla.
- Sé que será difícil, pero lo voy a intentar.
- Lo barrerán.

—Va a ser cuenta mía. Ya basta, Dick. En marcha hacia tu cementerio o a ti te entierran esta noche también.

Puso las manos en el volante y las manchó con el sudor. Alargó la diestra y abrió una gaveta. Dentro había un paño. Fue a cogerlo, pero yo me di mucha prisa en atraparlo antes que él. Debajo del paño había una pistola, una «Luger».

Sonreí a Dick y le arrojé el paño sobre los muslos. Tomé la «Luger» y la guardé en el bolsillo de la derecha, lejos del alcance de Mason.

Dick se enjugó el sudor de las manos con el paño y puso de nuevo en marcha el motor.

Viajamos en silencio durante unos minutos, por espacio de una milla, y luego se detuvo.

Estábamos al pie de la colina, justo el lugar a que se había referido John Oliver.

Saltamos del auto.

—¿Dónde, Dick?

Señaló junto a un pequeño sauce.

Por fin yo había encontrado a Venus.

CAPÍTULO IX

—¡Roland —dijo Dick—, le hago una oferta!

—Ya hiciste muchas.

—Ésta es la mejor de todas. Deje que hable con cierta persona. Conseguiré para usted cinco mil dólares esta misma noche.

—¿Y luego?

—Usted se irá.

Señalé el lugar donde Venus estaba enterrada.

—Y ella seguirá aquí, por los siglos de los siglos, ¿verdad, Dick?

—Ya está muerta.

Le apunté con mi pistola.

—Dick, yo te diré lo que vamos a hacer. Sacarás la pala y te pondrás a trabajar. Lo harás de prisa porque quiero verla fuera cuanto antes.

—Por lo que más quiera, Roland... No me obligue a eso.

—Voy a contar hasta cinco y, si para entonces no estás trabajando con la pala, te meteré un plomo en la mandíbula.

Se movió hacia los arbustos de la derecha. Encontró enseguida la pala y vino hacia mí.

Vi que titubeaba porque quizá pensó que podría tener una oportunidad si se lanzaba para clavarme el filo de la pala en la cabeza.

—Quítate eso de la mente, Dick —le dije—. A trabajar.

Se puso a cavar. No lo hacía con mucho entusiasmo.

—Más rápido, Dick.

—¿Quién le dijo que estaba aquí?

—No importa quién lo dijese.

—Se lo harán pagar también... Ese soplón no podrá aprovecharse del dinero que usted le pagó.

—Date prisa, y déjate de moralejas.

Continuó trabajando y de pronto se detuvo.

Ya había llegado a donde estaba el cadáver.

—Continúa, Dick.

—No puedo.

—¡He dicho que continúes!

—¡Maldita sea, voy a vomitar!

—Yo también tengo ganas de vomitar desde que llegué a este pueblo y me he contenido.

El cadáver no estaba en descomposición. Sólo estaba sucio. Eso ocurre muchas veces. Aquel suelo debía contener algo para que el cuerpo de Venus no se hubiese estropeado.

Dick se dejó caer de rodillas.

—No puedo más.

—Apártate.

Mason obedeció y yo le señalé con la pistola.

—Sigue arrodillado hasta que te Lo diga. Ahora el agujero está hecho, Dick, y tengo ganas de meterte en él.

No pensó traicionarme. Estaba demasiado acobardado.

Me metí en el hoyo, y saqué el pañuelo para limpiar el rostro del cadáver.

De pronto sonó un estampido.

Dick lanzó un grito. Saqué la pistola, pero no asomé la cabeza.

—Dick —dije.

No me contestó.

—Eh, Dick, ¿qué te pasa?

Tampoco recibí respuesta.

Asomé la cabeza poco a poco, y le vi tendido en el sucio.

Sonó otro estampido y la bala me silbó junto a la oreja.

—¡Roland!

Era el agente Miller.

—¿Qué tal, señor Miller? Nos hace una buena noche.

Sí, era una buena noche. Yo estaba ante el cuerpo sin vida de Venus Foster, que había sido asesinada. Y su enterrador estaba allí, Dick Mason, y ya no podría decir una palabra porque lo acababan de mandar al otro mundo.

—Roland —dijo Miller—, lo detengo en nombre de la ley.

—Pues voy a bailar de alegría.

—Deje los chistes... Y deje también la pistola.

—¿Cómo sabe que tengo una?

—Se la he visto. Tírela hacia acá.

—No voy a hacer tal cosa.

—Seré considerado con usted, Roland.

—¿Cómo cuánto de considerado, Miller?

—No tiene nada que ver con lo que pasó aquí. Dick Mason lo hizo todo. Mató a la chica, la enterró y ahora yo se lo he hecho pagar.

—Entiendo. Y a mí me darán una medalla en la que diga: «El pueblo de Jefferson City al desenterrador Mike Roland».

Miller se echó a reír.

—Eso tuvo gracia.

—Menos mal. Pero se me ocurren cosas mejores.

—Ande, Roland, no perdamos más tiempo. Arroje su pistola hacia aquí... No tiene nada que temer. Nunca se metió en este lío. Sólo hizo que ayudarnos. No nos conviene que las cosas sigan adelante después de esto. Usted hizo su trabajo y lo hizo bien.

Si aquel tipo me la pegaba, estaba dispuesto a tragarme el puente de San Francisco, con automóviles y todo. De modo que hice lo que tenía que hacer. Arrojé la pistola, hacia donde él estaba.

—Bien hecho, Roland —dijo satisfecho.

Oí sus pasos.

Yo seguí en el agujero. Lo vi aparecer con una sonrisa triunfal en sus labios.

Tenía su pistola en la diestra y la mía en la izquierda.

—Roland.

—Diga, señor Miller —contesté respetuosamente.

—Lo malo que tienen ustedes los investigadores privados de la gran ciudad es que se creen que están protagonizando un serial de la TV.

—Hablando de eso, me hicieron una oferta en Hollywood.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no aceptó?

—Yo acepté, pero me rechazaron cuando le rompí la nariz al productor. Resultó que era un homosexual.

Soltó una carcajada.

—Bien, Roland. Ya terminó de enredar.

—¿Qué quiere decir?

—Que va a ocupar el hoyo.

—¿Se refiere a este hoyo?

—Me refiero a este hoyo.

—Eso no está nada bien, Miller. ¿Va a meter tres cadáveres en este hoyo?

—Lo agrandaré un poquito, y el trabajo lo hará usted.

—Miller, hace un momento dijo que lo arreglaría todo.

—Y lo voy a arreglar.

—Dijo que Dick Mason iba a ser el culpable.

—Olvídese de lo que dije. Coja la pala y empiece a trabajar.

Era una noche de mucho trabajo para los tipos de la pala.

Cogí la pala para confiarlo y me puse a trabajar.

Miller estuvo en pie durante unos minutos, pero luego, dejó caer mi pistola a sus pies, y apuntó con la suya al suelo.

Me detuve para recuperar el resuello.

—¿Qué hace, Roland?

—No estoy acostumbrado a los trabajos violentos y necesito un descanso.

—Nada de descanso. Continúe.

—¿Por qué no me lo cuenta, Miller?

—¿Qué cosa quiere que le cuente?

—Lo que pasó en realidad.

—No hay historia para la Prensa —encontró muy gracioso su chiste y rió.

—¿Qué le va a decir a su jefe, Miller?

—Usted se fue.

—Mi auto está en la calle principal.

—Ya me ocuparé de su auto.

—¿Qué va a decir que le pasó a Dick Mason?

—La gente desaparece y Dick no es un tipo recomendable. El jefe dará un suspiro de alivio cuando sepa que también se ha largado de Jefferson City.

Señalé el cuerpo de Venus.

—¿Por qué la mataron?

—Las mujeres hermosas complican la vida de los ciudadanos enamoradizos.

—¿Y quién fue el que se enamoró de ella?

—Dije que no hay historia para la Prensa, Roland. Siga

trabajando o le meteré la bala antes de tiempo.

—Seguiré trabajando.

—Así me gusta.

Me había vuelto a apuntar con la pistola.

Yo tenía que hacer mi número, antes de que Miller considerase que había ahondado lo suficiente el hoyo para contener tres cadáveres. Tenía que sacar la «Luger» y sorprender a Miller. No me interesaba que él me pegase un tiro; aunque yo le pegase otro. Tenía que salir vivo de aquel cementerio clandestino para atrapar al hombre que se había enamorado de Venus Foster y que luego la mató.

Me molestaba el cuerpo de Venus, de modo que dejé un momento la pala.

—¿Qué hace, Roland?

—Voy a retirar el cadáver.

Tomé el cuerpo femenino por debajo de los brazos y lo arrastré hacia el fondo del hoyo.

La tierra resbaló del rostro de la joven.

Y entonces pude verla, y el corazón me dio un vuelco.

Aquella mujer no era Venus Foster.

CAPÍTULO X

Mi descubrimiento me había dejado inmóvil. Yo había estado buscando a una mujer por encargo de Susan Peterson. A Venus Foster, una cantante que había sido contratada por el club San Pol de Jefferson City, y desde hacía muchas horas pensé que ella había muerto. Y por fin logré saber dónde la habían enterrado. Y después del trabajo de sacar el cadáver, me encontraba con que ella no era Venus Foster.

—¿Quién es ella, Miller?

—Coja la pala y siga. Le falta muy poco.

Cogí otra vez la pala y seguí trabajando como él quería.

Lo miré con el rabillo del ojo y vi que Miller estaba apuntando otra vez al suelo, aunque me miraba sonriente.

La pala golpeó contra una piedra. Me incliné para quitar aquella piedra. Pero, mientras tanto, deslicé mi mano derecha en el bolsillo. Atrapé la «Luger» y la saqué.

Cuando Miller vio el cañón de la «Luger» que le estaba apuntando, levantó un poco su pistola.

—No haga eso, Miller, o le destrozo la nariz y todo lo que hay detrás de la nariz.

Nunca he visto una expresión más estúpida en un rostro humano.

No podía imaginarse por qué yo tenía la «Luger» en la mano.

—Cuidado, Roland —dijo.

—Oh, sí, debo tener mucho cuidado porque, si lo decapito, la maestra no me dará el caramelo de fresa por mi buena acción diaria.

—Usted gana.

—¿Y qué es lo que gano?

—Una historia. Le contaré lo que pasó.

—¿Por qué quiere contármela ahora? ¿Porque tengo una pistola? Eso me recuerda que debe dejar la suya.

Abrió la diestra y su pistola cayó en el borde del hoyo. Todavía estaba al alcance de su mano.

—Empuje la pistola con el pie, Miller.

Hizo lo que le decía y el arma resbaló por el borde del hoyo y se detuvo en el fondo.

Miller se sintió tan desamparado como un niño de tres años que hubiese perdido a su madre.

—Roland, no pensará que lo iba a matar.

—Oh, no, ¿por qué iba a pensar tal cosa? Usted sólo quería asustarme.

—Sí.

—Y luego me hubiera dejado marchar a Los Ángeles.

—Desde luego.

Le pegué con el cañón de la «Luger» en la rótula, y pegó un chillido.

—Silencio, Miller.

Se había dejado caer sobre los cuartos traseros y se frotaba la rodilla lesionada.

—Casi me ha roto el hueso.

—Pero no se lo he roto, aunque merecía que le rompiese el pescuezo. Usted es un canalla, pero ni siquiera para eso sirve, y por eso se ha quedado en un pequeño canalla... De acuerdo, le voy a escuchar la historia, pero procure que sea verosímil.

—Le contaré sólo la verdad.

—¿Nada más que la verdad y toda la verdad?

—Sí, Roland.

—No se entretenga más, Miller. El nombre de ella.

—Evelyn Sobar.

—¿De dónde vino?

—De San Francisco.

—¿Cuándo?

—Hace seis meses.

—¿Y qué vino a hacer a Jefferson City?

—Fue contratada por Harper.

—No tengo toda la noche para oír su sarta de mentiras.

—¡Le juro que no le estoy mintiendo!

—¿Qué pasó con Evelyn Sobar?

—Harper se enamoró de ella. Se llevaron bien durante algún tiempo, pero un día ella dijo que se marchaba. Entonces Harper discutió con Evelyn en su oficina. Fue después de haber cerrado el club San Pol. Más o menos a la una de la madrugada...

Miller se estaba retorciendo las manos. Miraba a derecha e izquierda, como si esperase ver surgir a alguien que lo salvara.

Yo también miraba, siguiendo la dirección de sus ojos, pero no observé nada que me inquietase. Sin embargo, pensé que mi situación seguía siendo mala, a pesar de mi «Luger», porque yo había sacado a Dick Mason del garito de Harper.

—¿Qué pasó a la una de la madrugada, Miller?

—Harper la mató.

—¿Cómo la mató?

—La golpeó y ella cayó en mala posición y se desnucó.

—¿Qué más?

—Harper fue por Dick Mason y le convenció para que enterrase a Evelyn.

—¿Y luego?

—Hubo un fallo.

—¿Venus Foster?

—Sí, Venus Foster. Ella había estado esperando a Evelyn y, cuando vio que no salía del despacho de Harper, entró sin llamar.

—Y vio el cadáver de su amiga.

—Sí.

—¿Qué pasó entonces?

—Atraparon a Venus.

Estaba preparado para oír lo que debía seguir ahora. Que habían matado también a Venus y que la tenían enterrada un poco más arriba o un poco más abajo de la fosa de Evelyn Osbor.

—¿Qué hicieron con Venus? —pregunté sin embargo.

—No lo sé.

—¿Que no lo sabe?

—No.

Le pegué en la otra rodilla y chilló otra vez.

—Miller, ¿qué pasó con Venus?

—¡Le juro que no lo sé!

—¿Sabe toda la historia y no va a saber lo que hicieron con Venus?

—Harper me contó todo lo referente a Evelyn Osbor, pero no me dijo nada de lo que hicieron con Venus.

—Y usted fue tan buen chico que no preguntó por Venus. No le interesaba, ¿eh?

—Pregunté, pero él me dijo: «Miller, será mejor que no sepas el resto».

—Y usted se conformó.

—Me conformé porque estaba la cosa demasiado complicada. Me llamaron, ¿sabe? Harper quería que yo supiese lo que había pasado. Yo di mi consentimiento, porque no se trataba de un asesinato. La chica se había caído y se había desnucado. Eso fue lo que ocurrió. Harper no tenía intención de matarla, y por eso le dijo a Dick que podía llevársela y enterrarla.

—Un momento, Miller. No corra tanto. Nos habíamos quedado en el despacho de Harper, con Evelyn Osbor muerta cuando entró Venus Foster. Usted llegó allí porque fueron en su busca.

—Sí.

—Y cuando usted llegó, Venus estaba viva.

—Lo estaba. La puedo recordar como si la viese ahora. Estaba sentada en un sillón, muy pálida, mirando con ojos fijos el cuerpo sin vida de Evelyn. Parecía una sonámbula o una hipnotizada, como usted prefiera.

Miller era así de razonable. Sonámbula o hipnotizada. Como yo quisiese.

—¿Qué pasó con Venus?

—Escuche, Roland. Se lo estoy contando todo. Dick Mason fue por una furgoneta y yo le ayudé a trasladar el cuerpo de Evelyn.

—¿Y luego?

—Yo volví al despacho de Harper —se interrumpió.

—Porque pensó que se tenía que encargar también de Venus.

—No, yo sólo quería saber qué iba a hacer Harper con Venus. Se lo pregunté y me dijo que no era cuenta mía, que me podía marchar. No quería meterme más hondo en aquel sucio asunto, de modo que me marché y ésa fue la última vez que vi a Venus.

—¿Se fue usted con Mason?

—Sí, pero yo no intervine en el enterramiento de Evelyn. Sólo

acompañé a Mason hasta el puente Denison y luego volví a la ciudad, a la comisaría.

—De acuerdo. Dejó a Dick Mason que cumpliera su misión de enterrador y también dejó a Harper con Venus.

—Así es.

—Pero usted al día siguiente vería a Harper.

—Sí.

—¿Y le preguntó por Venus?

—Sí.

—¿Y qué le dijo él?

—Lo mismo que la noche anterior. Se encogió de hombros y dijo: «No es asunto tuyo, Miller».

Puse el dedo en el disparador y Miller gritó:

—¿Qué va a hacer, Roland?

—Ya me cansé de oír mentiras.

—¡No he dicho una sola mentira! ¡Todo ocurrió como se lo he contado! ¡Tiene que creerme, Roland! ¡Sólo Harper sabe dónde puede estar enterrada Venus!

—Así que la mató.

—Es lo lógico, ¿no?

—Es el primer pueblo que visito donde todos los ciudadanos tienen el *hobby* de enterrador. Harper mató a Venus y le destinó una fosa.

—¡Sólo he dicho que lo imaginé!

—Bien, Miller. Usted y yo vamos a ir a hablar con el capitán Fenton. Y repetirá todo cuanto me ha contado desde el principio hasta el fin. ¿De acuerdo, Miller?

CAPÍTULO XI

Fui a subir del hoyo y entonces Pat Miller se dejó caer sobre mí.

Los dos rodamos por la fosa.

Pat me había atrapado la mano y la retorció. Fue una estupidez por su parte. Yo aparté el dedo del gatillo y fue él quien lo presionó.

Sonó un estampido y Miller saltó como impulsado por una maza que le hubiese golpeado en la cabeza.

Lo vi lejos, a dos metros de mí. La bala le había hecho saltar la tapa de los sesos.

Miller había sido un tonto y había muerto como un tonto.

De pronto oí una carcajada, y era yo mismo quien estaba riendo. No, todavía no estaba loco, pero era para estarlo. Yo le había dicho a Mason bromeando que me llamaban Mike Roland el de la Morgue. Y había acertado. Allí me encontraba, en Jefferson City, cuya existencia ignoraba el día anterior, rodeado de tres cadáveres.

¿Qué hacía ahora?

«No tienes que preocuparte, Mike. Sólo tienes que ir a la comisaría y hablar con tu amigo el capitán Fenton. A Evelyn Osbor la mató Harper. A Dick Mason lo mató Pat Miller. Y Pat Miller se mató a sí mismo. ¿Ves qué sencillo? El capitán Fenton te estrechará la mano y dejará que vayas por Harper para que confiese el asesinato de Venus».

Me reí otra vez de Mike Roland.

Bien, una cosa había clara. Que no podía seguir allí.

Dejé los cadáveres en la fosa y no me preocupé de enterrarlos.

Sólo tenía una oportunidad. La de solucionar aquel caso en unas horas. Y la única forma de solucionarlo era enfrentarme con Harper.

¿Y si Pat Miller no me había dicho la verdad?

«Bien, Mike, tu plan no admite discusión. Te dejarás caer por la

oficina de Harper, le pondrás la pistola en la nuca y le obligarás a cantar».

¿Lo ven? Era muy fácil.

Me metí en el coche modelo de aquel año, de carrocería brillante, que Mason se había comprado chantajeando a Harper, porque para eso había sido su enterrador particular.

Me dirigí hacia la ciudad.

Dejé el coche de Mason en el mismo lugar de donde había salido. Esta vez no estaba el agente Miller allí para ponerme una multa por mal aparcamiento.

Entré en el club San Pol.

Lily Cienfuegos estaba otra vez actuando, y al parecer, lo hacía con mucho éxito porque muchos espectadores ladraban.

Fui derecho al despacho de Harper y abrí la puerta.

Harper estaba sentado tras de su mesa. No había nadie más.

—Buenas noches —saludé.

—Hola, señor Roland. ¿Se divierte?

—Mucho.

—Lo celebro.

—Ha sufrido una baja entre sus empleados, Harper.

Me miró con los ojos entornados. Tenía un cigarrillo humeante entre los dedos. Se lo llevó con la mayor naturalidad a los labios y dio una chupada.

—Todos mis empleados están en el club.

—Pero falta uno.

—¿A quién se refiere?

—A Dick Mason.

—No es mi empleado.

—Creí que lo usaba como enterrador.

—Pues se equivoca.

Parecía conservar toda su sangre fría. Señaló el suelo.

—¿Dónde cayó Evelyn Osbor cuando se desnucó?

—¿Evelyn Osbor? Nunca he conocido a nadie que se llame así.

—Tiene muy mala memoria, Harper. Usted la contrató. La trajo de San Francisco.

—Le han informado mal.

—Y hablando de Venus Foster, ¿qué lugar le destinó a ella para que durmiese el último sueño?

—No se ponga ridículo, Roland.

—Disculpe, pero Venus me impresionó mucho cuando la vi en fotografía. La he estado buscando y temo que nunca la veré con vida. Corríjame si me equivoco.

—Señor Roland, creí que todo había quedado zanjado entre nosotros.

—Hay gente muy ilusa.

—Usted es uno de los individuos más ilusos que he conocido, Mike. ¿Ha pensado de verdad que yo puedo hacer desaparecer a las personas?

—Sí.

—¿Por arte de magia?

—No, para eso no necesita magos. Sólo personas a las que paga. O personas que se dejan comprar como al agente Miller.

—De modo que también compré a Miller.

—Usted sabe que era otro perro fiel suyo.

—¿Era?

—Sí, porque está muerto.

—Espero que no sepa lo que dice.

—Miller ya no le podrá hacer ningún favor.

Se echó hacia delante y dijo con voz ronca:

—¿Me está diciendo que mató a un agente de la policía?

—Se mató él mismo.

—Roland, usted ya no tiene salvación.

—¿Cree que la tiene usted?

Saqué mi pistola porque había dejado la «Luger» en el hoyo y le apunté.

Me sonrió.

—No haga el matón, Roland.

—Esto va en serio.

—¿Qué se propone?

—¿Dónde está Venus?

—Ha hecho muchas veces la pregunta.

—Sí, la he hecho muchas veces, y hasta ahora no recibí una respuesta que me gustase.

—Se la voy a dar, Roland. Ella está viva.

—No lo creo.

—¿Cómo puedo convencerle?

—Sólo de una forma. Llevándome junto a ella.

—No hay inconveniente por mi parte.

—¿Dónde está?

—No está aquí. Ni en mi casa. Pero se encuentra muy cerca de Jefferson City.

—Pregunté dónde.

—En una clínica.

—¿Qué clase de clínica?

—De enfermos mentales.

—Casi estoy dispuesto a creerle, Harper.

—Me alegro de que cambie de opinión.

—Miller me contó lo que pasó aquí. Dijo que vio sentada a Venus en un sillón contemplando con ojos fijos el cadáver de Evelyn Osbor. Y a él le pareció que Venus estaba sonámbula o hipnotizada.

—Soy un hombre responsable, señor Roland. Me preocupo por mis chicas. Venus Foster sufrió un trastorno, y por ello está recibiendo los cuidados de un psiquiatra.

—Usted es todo un padre para las muchachas.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero. Seguía la mar de tranquilo. Guardaba un naipe en la manga, pero yo no sabía qué clase de naipe era. Tenía que ser así para que se comportase de aquella forma.

Se levantó sin yo ordenárselo.

—¿Vamos a la clínica, señor Roland?

—¿Quiénes iremos?

—Usted y yo solos. ¿O prefiere que invite al capitán Fenton?

Pensé en aquel ofrecimiento, pero lo deseché al instante. El capitán estaba de parte de sus ciudadanos.

—Iremos sin el capitán, Harper.

—De acuerdo.

Dio la vuelta a la mesa y yo me levanté. Se detuvo y me señaló la pistola.

—¿Quiere, por favor, guardar el arma? Si le ven con ella ahí fuera, podría producir una catástrofe. Mis empleados no se estarán quietos.

—Está bien, Harper. Meteré la pistola en el bolsillo, pero tendré la mano dentro. Quiero decir que, si piensa jugármela, usted es el primero que cae.

—Sé que es usted capaz de matarme, señor Roland, y yo pienso vivir mucho tiempo.

—Camine siempre delante de mí.

—Desde luego.

—No se detenga.

Abrió la puerta y salimos los dos.

Empezamos a cruzar la sala y nadie nos interrumpió.

Estábamos llegando a la escalera cuando Roberts se acercó.

—Señor Harper.

Se detuvo y yo lo hice a su lado.

Roberts tenía un gesto de preocupación.

—¿A dónde va, señor Harper? —Me miró con desconfianza.

—No te preocupes, Roberts. El señor Roland y yo tenemos que hacer una visita a una persona que ambos conocemos. Todo marcha bien.

—Correcto, señor Harper.

Harper siguió subiendo la escalera y yo fui con él. Salimos a la calle y Harper dijo:

—Tengo mi «Cadillac» en el callejón.

Fuimos al callejón y allí estaba el «Cadillac», negro y majestuoso.

Harper abrió la portezuela.

Entró él y entré yo.

Iniciamos el viaje.

Yo tenía la pistola apoyada en mi rodilla izquierda apuntando a Harper.

De pronto me golpearon en la cabeza, por detrás. Fue un golpe seco, terrible. Ante mis ojos estallaron un millón de estrellas. Era el mundo que saltaba en pedazos, y yo era como un trozo de insignificante materia incandescente que surcaba el espacio vacío...

CAPÍTULO XII

Desperté.

Estaba tendido en una cama. Traté de moverme, pero me habían atado al lecho. Mi cabeza era un horno en donde se cocían ranas saltarinas, y todas las ranas cantaban al mismo tiempo.

El techo se estaba moviendo, daba vueltas como una ruleta. Cerré los ojos y permanecí un par de siglos así.

Abrí de nuevo los ojos y el techo se movió menos y las ranas dejaron de dar saltos, aunque seguían croando.

Me dormí.

Un siglo después, desperté otra vez.

Ahora no vi sólo el techo. Había un hombre más abajo, una cabeza con una cara que parecía un saltamontes.

—¿Cómo está, señor Roland?

El tipo tenía el cabello blanco, pero no parecía que tuviese más de treinta años.

Llevaba una bata blanca.

—¿Cómo está, señor Roland? —preguntó otra vez.

—Hola —dije.

—Eso está muy bien. Ya habla.

—¿Dónde estoy?

—En el lugar donde lo vamos a curar.

Yo necesitaba una cura. Todos necesitábamos una cura. La Tierra sería más buena si sus ciudadanos se sometiesen a una cura.

—Apártese de ahí, saltamontes —dije.

—Estamos cuidándole, señor Roland.

—No quiero que usted continúe con el tratamiento, saltamontes.

Él se echó a reír.

—Barton —dijo—, ponle una inyección del cuatro.

—Sí, doctor Richardson.

La voz había venido de mi derecha.

Una cabeza apareció junto a la de saltamontes Richardson. Debía ser Barton, porque tenía una hipodérmica en la mano. Pero era una hipodérmica muy particular, tan grande como un acorazado de treinta y cinco mil toneladas. Y la aguja era tan larga como la del Empire State.

—¡No! —dije.

Barton tenía la cara muy ancha, como de unos tres metros cuadrados, y cada poro de su piel era como un hoyo dé la luna.

Levantó la hipodérmica. Estaba llena de un líquido rojizo. Unos tres millones de litros de cosa rojiza. Subió el émbolo y de la punta de la enorme aguja brotó una gota tan grande como el planeta Saturno. Cayó sobre mi cara la gota, y pensé que me ahogaría.

Barton movió la hipodérmica, apuntó a mi brazo y la hundió.

Me traspasó de parte a parte.

Viajé en una nube durante millones de años, y cuando volví a despertar, todo estaba en silencio y no había ninguna cara encima de mí.

Traté de volverme y me encontré con que no estaba atado. Era libre como un pájaro.

Rodé de la cama y caí al suelo.

Esperé un rato. Nadie apareció.

Ríe moví otra vez y quedé sentado. La habitación estaba acolchada y no tenía ventanas. Sólo una puerta con una mirilla.

Me puse en pie. Tuve que agarrarme en la pared para no caerme otra vez.

Abrí la mirilla, y miré por el agujero.

Vi un corredor con más puertas. Un tipo estaba sentado en una silla leyendo un periódico. También llevaba bata blanca.

—Eh, amigo —lo llamé.

El tipo dejó de leer el periódico y miró hacia la puerta.

—¿Me conoce? —le pregunté con toda ingenuidad.

—Claro que sí. Usted es Napoleón.

Le seguí la corriente.

—¿Dónde está Josefina?

—Se la traeremos a las cinco, a la hora del té.

—Traígame a su hermanita —dije y cerré la mirilla, porque vi

que al tipo no le gustaba la idea.

Regresé a la cama y me dejé caer en ella.

«Mike, estás listo. Eres un detective aficionado. Te dejaste atrapar como un borreguito. El señor Harper dijo que viajarías en su hermoso “Cadillac” y allí estaba uno de sus empleados, probablemente el boxeador retirado llamado Glen, para romperte el cráneo. Pero tuviste suerte, muchacho, porque todavía tienes la cabeza sobre los hombros».

Me toqué la cabeza para asegurarme de que estaba sobre mis hombros.

«Bien, Mike, te has cubierto de gloria. Quisiste encontrar a Venus y no has podido protegerte ni siquiera a ti mismo. Pero muchacho, ¿estás seguro de que Venus es una mujer?».

Mandé al diablo mi voz interior. Yo sabía que Venus era una mujer, porque había visto su fotografía. Y el señor Harper me había dicho que ella estaba en la clínica de enfermos mentales. Y yo estaba ahora en manos de los loqueros. Venus tenía que estar muy cerca de mí.

Me volví hacia la pared de la derecha y la golpeé.

—¡Venus!

Pero la pared estaba acolchada.

Golpeé con los puños cerrados una y otra vez.

—¡Venus! ¿Está ahí, Venus?

Nadie me contestó.

Dejé de golpear la pared. Iba a necesitar todas mis fuerzas y me quedaban muy pocas. Aquellos tipos me estaban inyectando su maldito mejunje rojo. Querían apoderarse de mi mente, y en cualquier momento me podrían matar, y el asesinato quedaría impune.

Oí ruido en la puerta.

Saltamontes Richardson entró acompañado por Barton, el de la hipodérmica.

Los dos me sonrieron.

—Caramba, señor Roland. Ya veo que se encuentra mejor —dijo *Saltamontes*, Richardson.

—Sí, me encuentro mejorado. ¿Debo llamarle doctor?

—Desde luego. Soy el doctor Richardson.

—Doctor, quiero hacerle un ruego.

—Diga, señor Roland.

—Quiero ver a Venus.

—¿Venus? Oh, sí, viajará usted a Venus. ¿Verdad, Barton?

—Desde luego, doctor. Estamos preparando el cohete. Sólo faltan un par de detalles, como llenar los tanques de combustible y preparar el discurso que el señor Roland pronunciará a la llegada al planeta.

El doctor Richardson me sonrió amablemente.

—¿Lo ve, señor Roland? Todo está preparado para que usted pueda realizar ese viaje a Venus.

—Gracias. Es muy amable por su parte.

—Una inyección del dos y medio, Barton.

Hice rechinar los dientes. Aquellos canallas se burlaban de mí, y encima me iban a aplicar otra vez el mejunje.

Barton empujó una mesita rodante hacia la cama. Sobre la mesa llevaba la bandeja con los instrumentos de tortura, la hipodérmica y otras cosillas.

Vi un bisturí. Qué hermosa arma para hacerla penetrar en el cuerpo del Saltamontes.

Salté del lecho en busca del bisturí, pero calculé mal mis fuerzas.

Barton me pegó con el puño cerrado en el pecho y caí de rodillas. Luego me soltó una bofetada y me mandó a la cama, como a los niños malos.

—Señor Roland —dijo *Saltamontes*, Richardson—, creí que íbamos a ser amigos.

Le lancé un salivazo a la cara, pero, desgraciadamente, no le acerté.

—Barton, una inyección del cuatro y medio —sentenció.

Ya saben. Era otra inyección de las que debían poner a un diplodocus, y yo no era un diplodocus, sino un hombre que medía uno ochenta y que pesaba ochenta kilos.

A Barton le alegró mucho lo de ponerme la inyección del cuatro y medio.

—Sí, doctor. Ahora mismo le inyecto la dosis alta —rió estridentemente.

No, yo no podía consentir que me metiesen una dosis alta, o acabarían de una vez por todas conmigo.

Barton se acercó con la hipodérmica en la mano, y cuando se

inclinaba para pincharme, le pegué un patadón en el pecho y lo arrojé al suelo.

En la fracción de segundo siguiente salté sobre Richardson y me lo llevé a las baldosas.

Richardson golpeó la nuca contra el suelo y se desmayó.

Pero todavía no estaba desmayado Barton, quien gateó hacia mí y me pareció una fiera, con sus dientes listos para pegarme un mordisco.

No me gustaron aquellos dientes y le solté un derechazo.

Cuando le aparté el puño, ya le había hecho tragar tres dientes.

Le pegué otra vez en la boca y esta vez desaparecieron dos dientes. Se puso bizco y le metí el puño entre los dos ojos para arreglárselos.

Rodó por el suelo como una pelota y se fue a estrellar blandamente contra la pared acolchada.

Me levanté jadeando.

Me había librado de los del pinchazo y la puerta estaba abierta. La puerta de la libertad. ¡A tomar la Bastilla, franceses! ¡Abajo el feudalismo!

«Cuidado, Mike, o te encerrarán para siempre. Tú eres un investigador privado. Olvídate de Robespierre».

Oí pasos.

Me acerqué a la pared y entonces entró el hombre que me había llamado Napoleón.

CAPÍTULO XIII

El enfermero entró diciendo:

—¿Qué ruido es ése?

El ruido lo oyó ahora con más claridad, porque le pegué con el filo de la mano en el cogote. Cayó como una res apuntillada.

Otra victoria.

Fui al lado del doctor Richardson, porque se estaba moviendo. Le solté un par de bofetadas y despertó.

—¿Qué hace levantado, señor Roland?

—No se haga el listo, doctor. O acabo con usted.

—Tranquilícese.

—Sólo me voy a tranquilizar si colabora.

—Le ayudaré.

—Dígame dónde está Venus.

—Oh, sí, el cohete.

Le solté otra bofetada.

—Déjese de imbecilidades, doctor, o el cohete se lo pongo yo en el trasero. Venus Foster es una mujer de carne y hueso, y está aquí, en su maldita clínica. Quiero que me acompañe hasta ella.

—Sí, señor Roland.

Lo levanté a tirones.

—Escúcheme bien, doctor. Sé cómo matar a una persona sin necesidad de utilizar una pistola. Conozco golpes japoneses que bastan para mandar al depósito de cadáveres. Y no trate de comprobarlo.

—No se preocupe, señor Roland. Le llevaré hasta Venus Foster.

De todas formas, atrapé el bisturí y le amenacé con él.

—Andando, doctor.

Salimos de la habitación y cerré la puerta con llave para que los

dos que estaban dentro no saliesen en un buen rato.

El doctor Richardson caminó delante de mí por el corredor.

Llegamos ante una puerta.

—Está ahí, señor Roland.

—Abra.

Obedeció dócilmente.

Venus Foster estaba en la cama, inmóvil, cubierta por un camisón que le llegaba hasta los tobillos.

Por fin la había encontrado.

Tenía los ojos cerrados.

—Venus.

Se movió débilmente.

—Venus —la llamé por segunda vez.

Ella se incorporó lentamente. Miró al doctor y me miró a mí.

—No hace falta que me inyecten más, doctor... Yo no vi nada... Yo no vi nada... Yo no vi nada.

—¿Qué es lo que ella vio, doctor? —pregunté.

—No sé a qué se refiere.

Le aplasté contra la pared y le puse la punta del bisturí en el cuello.

—Si no contesta ahora mismo, le pincho como a una mariposa, doctor.

—Ella aseguraba haber visto cómo Harper mataba a una amiga suya, Evelyn.

—¿Y dónde ocurrió eso, doctor?

—En la oficina del señor Harper.

—¿Cree usted que Venus miente, doctor?

—El señor Harper me dijo que ella veía visiones.

—No sé si es usted un canalla o un idiota, doctor, pero, en cualquiera de los casos, merece que le retiren la licencia.

Le solté un puñetazo en la sien y el doctor se deslizó por la pared acolchada hasta quedar sentado en el suelo.

Venus me estaba mirando con asombro.

—¿Qué ha hecho usted?

—Pegarle al doctor por revoltoso. Mi nombre es Mike Roland y soy un investigador privado.

—No le conozco.

—No, Venus. Usted no me puede conocer. Pero tenemos una

amiga en común: Susan Peterson.

—¿Susan... Peterson?

—¿Se acuerda de ella?

—Oh, sí, Susan.

—Su compañera de apartamento en Los Ángeles.

Venus se apretó las sienes con las palmas de las manos.

—Los Ángeles —murmuró—. Susan...

—Un hombre la contrató para que trabajase en el club San Pol de Jefferson City.

—¡Alex Harper!

—Eso es.

—¡El mató a Evelyn...! ¡Yo lo vi...! ¡La estranguló...! Estaba echado sobre ella en el sofá. ¡Dios mío...! ¡Quiso volverme loca...!

—Pero no está loca, Venus. Y ahora usted y yo vamos a salir de aquí...

—No nos dejarán escapar.

—No les vamos a pedir permiso.

—Se opondrán a que abandonemos la clínica.

—Que lo intenten.

«Mike, te crees un caballero andante que acaba de encontrar a su hermosa doncella, la cual fue encantada por unos malos genios. Eres un don Quijote de vía estrecha. Y tu Dulcinea tiene razón. No tienes ni siquiera una pistola para llevarte a la mano. ¿Cómo te vas a abrir paso para salir a la calle? Tienes puesto un pijama y ella se cubre con un camisón. Sólo podéis dar un espectáculo digno de un par de locos».

Todavía mi voz interior estaba sufriendo las consecuencias del mejunje rojo que el bastardo del Saltamontes me recetaba. Pero yo no hice ningún caso de mi voz interior o me habría quedado allí para siempre.

Tomé a la joven de la mano.

Salimos de la habitación. El corredor estaba desierto.

Al final estaban los ascensores, pero no me atreví a utilizarlos.

La escalera estaba al fondo y empezamos a descender.

Un piso, dos pisos, tres pisos.

Allí estaba el vestíbulo.

Había un hombre a la derecha, en una oficina, cuya puerta estaba abierta.

Vi que podíamos cruzar de uno en uno, si lo hacíamos agachados.

—Venus —le dije—, tiene que cruzar a la otra parte. Yo me reuniré con usted.

—De acuerdo.

—¿Lista?

—Sí.

Corrió agachada, pero tenía muy pocas fuerzas. Hubo un momento en que pensé que rodaría por el suelo. Se tuvo que detener.

En aquel momento, el hombre de la oficina se volvió y descubrió a Venus.

—¡Eh!, ¿qué hace usted ahí?

No podía esperar un segundo más.

Eché a correr.

El enfermero iba a dar la alarma, pero no llegó a la habitación de la que había salido, porque caí sobre él y le golpeé en la espina dorsal.

Volví junto a Venus y salimos de la clínica.

Era de noche. A la derecha había estacionados cuatro autos.

Corrimos hacia ellos. El tercero de los coches tenía puesta la llave de contacto.

—Adentro, Venus.

Unos segundos después huíamos de aquel infierno.

—Venus, busque tabaco —dije.

Encontró un paquete con cuatro cigarrillos. Encendió dos y me puso uno en los labios.

—Nos volverán a coger, Mike.

—No...

—¿A dónde vamos?

—A Los Ángeles.

—¿No ha visto el indicador de gasolina? Queda poca.

Lo había visto, pero estaba dispuesto a robar gasolina.

Seguimos corriendo cinco millas y de pronto vi el puente Denison. Estaba corriendo hacia Jefferson City, la ciudad maldita.

Al salir de una curva vi un coche en el camino.

Allí estaba Harper, con Glen y otro hombre, y los tres tenían pistola.

Habían informado a Harper, desde la clínica, de nuestra fuga y la dirección que llevábamos.

Venus gritó:

—¡Es Harper y sus hombres!

—Sí, y yo los voy a reventar.

Lancé el coche contra ellos.

Se apartaron cuando vieron mi intención de morir matando.

Nos íbamos a estrellar contra el coche y doblé el volante en el último momento.

Las ruedas chirriaron.

El coche se fue a un lado de la carretera, luego hacia el otro y finalmente volcó.

CAPÍTULO XIV

El coche ya estaba detenido, pero volcado.

Sentí el sabor de la sangre en mi boca.

Y también me corría por la mejilla.

El cristal del parabrisas había saltado en pedazos y el vehículo era un montón de chatarra.

Miré el asiento donde debía estar Venus y, al verlo vacío, se heló mi sangre.

—¡Venus!

Fui a salir por la portezuela y alguien apoyó una pistola en mi frente.

Miré al otro de la pistola. Era Harper.

—Nos volvemos a ver, Roland.

Resoplé lleno de ira.

—Usted estranguló a Evelyn Osbor.

—¿Ya se lo dijo Venus?

—Sí, ya me lo dijo.

—Cometí el primer error de mi vida al no matarla a ella también.

—Tampoco le habría valido, Harper. Usted la habría enterrado con Evelyn, y yo siempre la habría desenterrado.

—¿Cree que ha conseguido algo?

—Sí.

—No, señor Roland. No ha conseguido absolutamente nada. Excepto una cosa. Morir por una causa estúpida.

Glen gritó:

—¡Señor Harper, no veo a la chica!

—¡Maldita sea, ella salió despedida por la portezuela cuando el coche volcó!

—Debe haber caído al río.

—Seguro. Pero quiero que recuperes el cadáver.

Cerré los ojos. De nada había valido lo que había hecho yo por Venus. La había buscado, la había encontrado, y otra vez la había perdido.

—¿Está rezando, Roland? —dijo Harper.

Abrí los ojos y vi su sonrisa de triunfador.

—Dispare ya, Harper, o le destrozaré con mis propias manos.

Vi cómo su dedo se apoyaba en el gatillo.

De pronto se oyó una voz.

—Harper, si dispara esa pistola, lo mato en el acto.

Era el capitán Fenton, de la policía de Jefferson City.

Fenton había surgido por la izquierda y estaba detenido a unos tres metros. Manejaba un rifle.

—Fenton —dijo Harper sin mirarle—, usted no ha estado aquí.

—Estoy aquí.

—Vuelva a su oficina.

—No, Harper.

—Soy un ciudadano de Jefferson City, y tiene la obligación de protegerme contra los puercos forasteros.

—Yo no puedo proteger a un asesino.

—¿Quién es un asesino?

—Tú, Harper.

—¿Qué chifladura le dio, capitán? ¿Acaso escuchó a Roland?

—No, escuché a alguien que goza de tu confianza.

—¿Quién?

—Harry Roberts. Le obligué a confesar... Todo lo relacionado con Venus Foster me pareció muy extraño, no me conformé con lo que me dijiste de que Mike se había marchado a Los Ángeles. Eran demasiadas desapariciones.

Harper llevó aire a sus pulmones.

—Capitán, soy un personaje importante en esta comunidad.

—Ningún personaje importante puede matar y quedar sin castigo.

—Olvide los cuentos de Mike Roland. Nada pasó en Jefferson City.

—He descubierto los cadáveres de Evelyn Osbor, de Miller y de Dick Mason.

—Todo se arreglará, capitán.

—Sí, todo se arreglará de acuerdo con la ley. Tira ese revólver, Harper.

Vi que Glen aparecía por detrás de Fenton.

Por fortuna, Harper había apartado el dedo del gatillo. Me levanté de un salto y le cogí la mano.

—¡A su derecha, capitán! —grité.

Fenton se dejó caer en el suelo al mismo tiempo que se volvía y disparaba su rifle.

Glen voló en el aire como un gorrión atrapado por un enjambre de perdigones.

Yo me llevé a Harper y dio una tremenda voltereta cayendo de espaldas.

Se incorporó unas pulgadas y luego se venció.

El otro hombre de Harper apareció con las manos en alto.

—¡No dispare, capitán! —dijo.

Fenton dio un suspiro y vino a mi lado.

Yo examiné a Harper y dije:

—Está muerto, capitán.

Fenton no hizo ningún comentario. Fui yo el que lo hice:

—Harper dijo que Evelyn se había desnucado, pero la estranguló con sus propias manos. Pero él se desnucó.

—Perdone, Roland.

—No hice apenas nada. La mujer que vine a salvar se ahogó.

—No, Mike.

Era la voz de ella. Apareció por detrás, con el camisón chorreando agua.

* * *

Yo estaba en mi oficina. Ya saben, soy Mike Roland, investigador privado.

Era una mañana muy apacible. Apenas se escuchaba el ruido de alguien que se estaba afeitando en la oficina de al lado.

Se abrió la puerta y entró Susan Peterson.

—Señor Roland —dijo con su voz de flauta—, vengo a presentarle la dimisión. No creerá que por cincuenta dólares a la semana, voy a estar a su servicio.

—Claro.

—Tenga en cuenta que conozco cinco idiomas.

—Oh, sí.

—Sólo falta que me diga que me he portado horriblemente con usted.

—No lo diré.

—Al fin y al cabo, se jugó la vida por nada.

—Salí ganando algo.

—¿Qué cosa, jefe?

—Mc puso en orden el archivo, cambió de lugar el tresillo y ahora todo está mucho más aseado.

—¿Se da por satisfecho?

—Casi.

—¿Qué le falta? Dígamelo y con mucho gusto le ayudaré.

—No, Susan, usted no puede hacer más por mí.

—¿Por qué no?

—Porque me enamoré.

—¿De mí...? ¡Señor Roland!

—¡De Venus! —le grité, Susan parpadeó.

—¿De Venus? Pero si la vio muy poco. Sólo por unas horas.

—Sí, Susan, fueron muy pocas horas, pero la vi en momentos en que me tenía que despedir del mundo.

—¿Se lo dijo a ella?

—No.

—¿Cuándo se lo dirá?

—Nunca.

—Señor Roland, me decepciona usted. Después de todo, es un romántico.

Se abrió la puerta de nuevo y entró Venus Foster.

Vino hacia mi mesa y se detuvo al lado de Susan.

—Hola, Venus —dijo Susan.

Pero ella siguió sin mirarla porque tenía los ojos fijos en los míos.

Estaba maravillosa. No había nadie como ella, ninguna mujer le podía ganar en hermosura y belleza.

—Mike —dijo—, he venido para que me invites a almorzar.

—No tengo ganas de almorzar —repuse.

—Yo tampoco. Pero el almuerzo nos permitirá estar juntos.

—Entonces, trato hecho. Te invito a almorzar.

—Gracias, Mike.

Me levanté de la silla, fui al lado de Venus y la cogí del brazo.

De pronto Susan dijo:

—Venus, ¿es que te has enamorado de él?

—Sí.

—¡Venus, sólo lo viste unas horas!

—Pero fueron momentos en que vi la muerte muy cerca.

—¿Entonces...? ¡Entonces habrá boda!

—Eso lo tiene que decir él.

—Mike —dijo Susan—, ¿cuándo se lo vas a decir?

—Quizá se lo diga mientras no almorzamos —llevé suavemente a Venus hacia la puerta.

Antes de salir, Susan dio una patadita en el suelo y dijo:

—Venus, qué suertuda eres.

Les aseguro que la suerte se repartió al cincuenta por ciento, porque hoy estoy casado con una mujer llamada Venus, a la que encontré después de creerla muerta.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).